

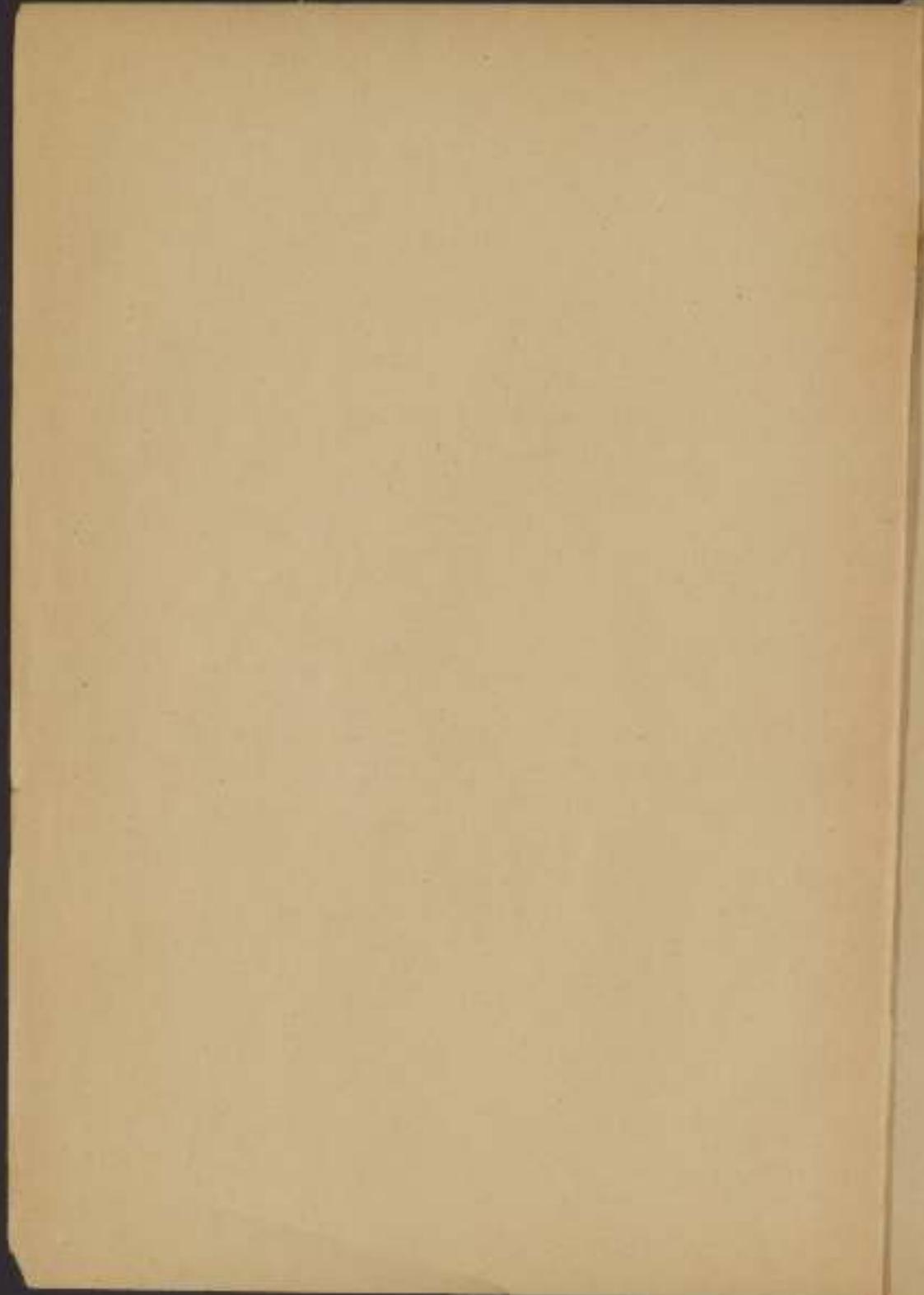
EDICIONES BIBLIOTECA

FILMS



FREDRIC MARCH
ELISA LANDI

EL
SIGNO
DE LA
CRUZ





EL SIGNO
DE LA CRUZ

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director Propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Director Literario: MANUEL NIETO GALAN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTS DE VENTAS

Societat General Espanola de Llibreria - Barberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL
ASAS

Publicación semanal

EL SIGNO DE LA CRUZ

Una obra llena de sublime emoción, de belleza, de sentimientos incomparables, fiel demostración de los tiempos paganos del antiguo imperio romano. Toda la miseria de un pueblo, dominado bajo el peso opresor de una tiranía y todo el dolor de miles de seres inmolados por la fé de sus almas, aparece plasmado en esta novela tan vivamente real, que el corazón se estremece de pesar y emoción.

DIRECCION DE
CECIL B. DE MILLE

PRODUCCION

DIRECTOR:
J. M. MESSERI



Teléfono 75005
Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Marcus Petronio	FREDRIC MARCI
Marcia	ELISSA LANDI
Popea	CLAUDETTE COLBERT
Nerón	CHARLES LAUGHTON
Tigelino	Ian Keith
Tito	Arthur Nohl
Plavio	Harry Baxendale
Esteban	Tommy Conlon
Glabrio	Ferdinand Gottschalk
Dacia	Vivian Tobin
Licinio	William V. Mong
Ancerta	Joyzelle
Viturio	Richard Alexander

Basada en el drama de
WILSON BARRET

4.º Edición - I - 1934

— NARRACIÓN DEL FILM POR —
MANUEL NIETO GALÁN

EL SIGNO DE LA CRUZ

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL INCENDIO DE ROMA



En la tercera noche del gran incendio de Roma, del año 64 de nuestra era, la capital del imperio romano,

la dueña del mundo, era un mar de llamas. Toda la parte baja de la ciudad se hallaba envuelta en humo, como si una inmensa nube cubriera la tierra y en la densidad de esta nube desaparecían barrios, quintas y árboles.

De aquel volcán en que parecía sumergida la ciudad, ascendía un humo de color de rosa en algunos puntos y de color de sangre en otros. Aquí se retorcía en espiral, más allá tomaba la forma de una colosal serpiente que desarrollaba sus anillos en espirales hacia arriba. En ciertos momentos la monstruosa

ola de humo ocultaba las llamas... El espectáculo era imponente. Humo y llamas cubrían el firmamento como follaje de espeso bosque que ocultara el horizonte.

Una muchedumbre ingente huía despavorida por todos lados y con las personas huían también caballos, mulas y carros cargados de efectos que sus dueños intentaban salvar del incendio.

La Vía Apia estaba llena de gente y las casas, campos, jardines, templos y cementerios veíanse convertidos en campamentos. El desorden era enorme y, sin embargo, éste aumentaba, siendo cada vez mayor, cosa que parecía imposible. Las turbas habían echado abajo las puertas de algunos templos para refugiarse en ellos y se instalaban en

los monumentos sepulcrales, librando verdaderas batallas.

El desorden no tenía comparación, ni la tendría en muchos siglos venideros. Borrábase las clases sociales y se atropellaba la ley y hasta se relajaban los lazos familiares.

Los gladiadores, borrachos y dando gritos salvajes, recorrían las calles, acometiendo a la pobre gente indefensa, maltratándola y robándola. Multitud de bárbaros destinados al mercado habían huido de las bazarcas en donde se les exhibía, creyendo que la destrucción de Roma ponía término a su esclavitud y señalaba para ellos la hora de la venganza.

Esta desenfadada y bárbara turba, compuesta de germanos, griegos, asiáticos, africanos, tracios y británicos, vociferaba en todas las lenguas de la Tierra y desahogaba su ira brutal, creyendo que había llegado la hora de verse libres y de desquitarse de largos años de miseria y sufrimiento.

De repente cambió de aspecto la monstruosa conflagración que destruía la ciudad, el fuego estalló espantoso y las diferentes y colosales hogueras aisladas se convirtieron en una sola formando un horripilante mar de llamas. El viento no traía ya nubes de humo y el que ensombre-

cía las calles fué batido por una corriente de llamas...

El rojizo resplandor del incendio coloreaba el espacio en toda la extensión que podía abarcar la vista, y la luna, al levantarse por detrás de las colinas y mirada al través de aquella atmósfera, parecía un disco de cobre, que frío e impasible, contemplaba desde la altura el desastre de la ciudad que había dominado al Mundo. Entre las rojizas tintas que daban al espacio color sangriento, veíase algunas estrellas, que brillaban poco, porque aquella noche la tierra despedía fulgores más vivos que el cielo.

Roma era una hoguera colosal que iluminaba todos los montes que la rodeaban. El fuego continuaba propagándose y destruyendo barrios y barrios. Era imposible dudar de que había manos criminales encargadas de extender el fuego, puesto que a cada momento aparecían nuevos focos y casi siempre en puntos distintos de la ciudad.

Como oteaje embravecido corrían las llamas desde las colinas a los valles, en los que el amontonamiento de construcciones era mayor, pues ya abundaban los edificios de varios pisos y las tiendas, donde el fuego encontraba el combustible propicio para seguir alimentándose.

La confusión crecía por momentos,

porque mientras por una parte la población huía, por otra parte el incendio seguía persiguiéndoles implacable. Por todas partes se oía exclamar, «¡Roma perece!», y entre estos gritos las voces empezaban a acusar a Nerón y a sus augustanos de haber incendiado la ciudad.

En el centro de Roma, en el Capitolio, el Quirinal, el Viminal y el Esquilino, lo mismo que entre el Palatino y el monte de Celio, en cuyas calles era más densa la población, el fuego había empezado en tantos puntos a la vez, que multitud de personas, al huir del incendio, se encontraban inopinadamente detenidas por una muralla de fuego que les cerraba el paso y morían abrasadas.

Hacinamientos enormes de mercancías y de efectos obstruían las vías, impidiendo el paso por completo.

El incendio de Roma parecía un verdadero infierno que hubiese brotado del interior de la tierra para destruir cuanto había en ella. El centro de la inmensa ciudad parecía un volcán en erupción y el tumulto crecía en tales proporciones que amenazaba con el fin de la Humanidad. La multitud inquieta, triste o turbulenta, rodeaba entre tanto la ciudad incendiada, como un mar borrascoso, pero ni la desesperación,

ni la blasfemia mejoraban la situación; la conflagración era irresistible, implacable, como el destino que azotaba a Roma en aquellos días de horror.

La ciudad continuaba ardiendo y la excitación de sus habitantes crecía también como el incendio. El circo Máximo no era ya más que un montón de ruinas, calles enteras se venían abajo, y por todas partes brotaban columnas de humo y fuego.

El viento soplaba impetuoso y arrastraba hacia los montes que rodeaban a Roma oleadas de fuego, de humo y de cenizas.

Mientras tanto, Nerón, desde una colina contemplaba admirado el incendio de la reina de las ciudades del mundo y sus ojos brillaban por el entusiasmo que le producía el espectáculo que se desarrollaba ante él.

Mientras millares de seres sufrían los horrores de aquel incendio, mientras que centenares de víctimas caían achicharradas por el fuego, o pisoteadas por los que huían, cuando las casas eran saqueadas por gladiadores y esclavos y las jóvenes ultrajadas, cuando no se respetaba nada y todo estaba a merced del bandidaje y de la pillería, Nerón sonreía satisfecho de aquel es-

pectáculo, el más imponente que jamás podrían admirar ojos humanos.

Erguido su cuerpo de Epicuro, con la lira en las manos, seguía mirando el horror que su locura había desencadenado y buscaba actitudes apropiadas para el canto que pensaba dedicarle a aquel incendio. Toda su preocupación del instante estribaba en la forma y el tono en que debería decir el canto para que fuese digno del incendio de la gran ciudad. Finalmente levantó la lira y declamó enfático:

«Si en las sombras melancólicas
[del abismo
las llamas del amor y la amistad se
[extinguen...
la mía, que es sagrada, vivirá sin
[decaer.
Arde hasta la muerte y mi sombra
[anima...

Se acercó a él Tigelino y Nerón lo apartó de su lado iracundo, diciéndole:

—Vete, Tigelino.

—El fuego se extiende, divinidad—respondió Tigelino.

Pero Nerón, sin preocuparse de ello, exclamó admirado de sí mismo:

—Estoy excelente de voz.

—El fuego se extiende, divino César—repitió Tigelino.

—Es mi deseo—respondió el César—. Roma será destruida... ¿Por qué no gozar ahora del espectáculo?...

—Las llamas amenazan el Palatino—insistió Tigelino.

El Palatino era el palacio imperial, donde el César y su Corte se entregaban a las más locas orgías. Pero Nerón, sin darle importancia a aquella destrucción, volvió a decir:

—Construiré otro fabuloso, digno de tan gran emperador... digno de un dios... Ahora vete, Tigelino.

—El pueblo te acusa de incendio, César excelso—volvió a decirle Tigelino—. Es preciso rechazar la acusación.

—¿La acusación? — exclamó el César—. ¿Quién es el que osa acusar al señor del mundo?

—El pueblo, señor—siguió diciéndole Tigelino—. Es preciso buscar sobre quien arrojar la acusación...

Nerón quedó en silencio unos segundos, que Tigelino aprovechó para admirarlo definitivamente.

Tenía la maldad reflejada en su rostro y su cabeza voluminosa asentada sobre un cuello recto y corto, a cierta distancia parecía la cabeza

de un niño. Era una cabeza terrible y casi grotesca. Una túnica de color de amañista, constituía el traje de Nerón, y despedía ciertos reflejos azulados que daban el más extraño matiz al ancho rostro del emperador. Sus cabellos eran casi negros y los llevaba divididos en cuatro rizos, según la moda de aquel tiempo. La barba la llevaba completamente rasurada, debido, según algunos autores, a haberla sacrificado a Júpiter, aun cuando hay otros historiadores que achacan este rasuramiento a que Nerón tenía la barba roja, como casi todos sus familiares. En su frente y proyectándose enérgicamente sobre las cejas, había algo de olímpico, en el ceño fruncido se advertía la conciencia del poder supremo, pero aquella frente de semidiós coronaba la cara de un moco, de un borracho, de un comediante fatuo, pleotórico de deseos, hinchado de gordura, a pesar de sus pocos años y de aspecto repugnante y desagradable.

Tigelino era el jefe de los pretorianos, hombres casi todos reclutados fuera de Roma y de una crueldad mucho mayor que la del César, cosa que parecía ser imposible. Aliado de Popes, la esposa de Nerón procuraba ganarse la voluntad del emperador ejecutando todas las

órdenes de éste sin discutir las y procurando divertirle continuamente.

Tigelino había oído maldecir el nombre de Nerón en aquellos días del incendio y temía por la vida del César. Por lo mismo siguió diciéndole:

—Piensa, César excelso, que el pueblo pide víctimas... Hay que dárselas o de lo contrario te acjurarán a ti.

Nerón miró fijamente a Tigelino y levantó su labio superior hasta tocarse la punta de la nariz. Signo era éste de que su pensamiento estaba sumido en graves meditaciones y Tigelino no osó interrumpir aquel silencio. Ante el jefe de los pretorianos Nerón no podía negar que había sido él quien había ordenado el incendio de Roma y que había sido Tigelino y sus pretorianos quienes habían cumplido la orden. Pero buscaba en su mente, entre sus amigos, a uno que fuera digno, por su importancia, de ser entregado al pueblo para que éste saciase en él su sed de venganza.

Tigelino lo sacó de aquel conflicto diciéndole, con maliciosa insinuación:

—Señor, el pueblo odia a los enemigos... Ellos son los que te acu-

san de haber incendiado a Roma, ellos son los únicos que no aceptan tu divinidad...

—¡Malditos cristianos!—exclamó el César—. ¡Ellos son los que han incendiado a Roma! Hemos de per-

seguirlos sin tregua ni descanso...

Y de aquella forma tan brutal quedaron sentenciados todos los cristianos a sufrir la crueldad del César y del pueblo que pedía venganza contra los incendiarios.

LA PERSECUCION DE LOS CRISTIANOS

Después del incendio de Roma la persecución de los cristianos fué imponente. Se había puesto precio a la cabeza de los que profesaban la religión de Cristo y tenían que ocultarse para no ser entregados a Nerón y llevados después a morir entre los más horribles martirios.

Lo mismo que se buscan a los animales infectos, así los romanos buscaban a los cristianos. Era una guerra a muerte, despiadada, pero ni aun este temor hacía que los que profesaban la fe de Cristo dejaran de seguir creyendo en el único Dios. Ocultos, exponiéndose a cada momento, se reunían para orar en los bosques inmediatos a Roma, en los cementerios, en las ruinas que había dejado el incendio y muchas veces

eran descubiertos por los petronianos y pasados a cuchillo, como manzanas ovejadas que lamían la mano de los que los inmolvaban.

En el centro de una plaza, dos vagabundos se hallaban sentados frente a una fuente y uno se lamentaba diciendo:

—¡Maldita suerte la mía!

—¿Qué tienes, Estrabón?—le preguntó el otro.

—No tengo más que dos ojos de puerco por toda fortuna.

El compañero se echó a reír y exclamó:

—Atrapa un cristiano.

—Se esconden como ratas—replicó desesperado el otro.

—Pues yo los encuentro. Mira, doscientas piezas... Regalo de Ne-

rón. Me las dió por atrapar a un cristiano.

Mientras ellos hablaban, junto a la fuente se sentó un anciano venerable, por su edad y por la bondad que reflejaba su rostro. Iba apoyado en un largo tronco de rama y distraídamente trazó con aquel bastón en el suelo un ángulo recto. Al poco rato apareció otro anciano de casi su misma edad y al ver formado en el suelo el ángulo recto, trazó otro a su lado de forma que juntos formaron una cruz.

Esto fué suficiente para que el que llegaba se acercase al otro y le dijese:

—Soy Tito, extranjero en Roma. Tú eres Flavius.

—¿Cómo me conoces?—preguntó éste.

—Me dieron tus señas.

—¿De dónde vienes, Tito?—preguntó Flavius.

—Vengo de Jerusalén. Me envía Pablo, apóstol de...

—¡Calla!—le interrumpió Flavius.—Aquí no. Desde el gran incendio vivimos aterrorizados...

Echaron a andar y mientras caminaban, Flavius le preguntó:

—¿Os reunís esta noche?

—Sí—replicó Tito.—Lea comunicaré el mensaje de Pablo.

Los dos harapientos que antes estaban hablando de lo difícil que era

coger a los cristianos se dirigieron hacia la fuente, mientras que uno de ellos le decía a su compañero:

—Si matasen a todos los cristianos... ¿qué haríamos tú y yo?

Miró hacia el suelo y exclamó alegremente:

—¡El diablo se los lleve (como ellos dicen). Mira lo que hay aquí. ¡El signo de la Cruz!

—Han sido esos viejos que estaban aquí momentos antes. Vamos en su persecución.

Echaron a correr tras Tito y Flavius, mientras que en una tahona próxima una joven bellísima le decía al dueño:

—Cierra la tahona, Tibulo. Todo el mundo anda de fiesta.

—Si saliese yo llovería—replicó bromeando el tahonero.

En aquel mismo instante se oyó un gran vocerío que partía del centro de la plaza y la joven oyó decir:

—Han atrapado a unos cristianos.

—¡Carne para los leones!—gritaban otros que se iban acercando a la plaza.

—¡A los leones con ellos!—gritó la multitud que empezó a arrojar piedras sobre las cabezas de los pobres ancianos.

La joven que estaba en la tahona corrió hacia el lugar de donde partían las voces y al ver de quienes se trataba los abrazó, como si con

su débil cuerpo pudiera preservarlos de los golpes.

Cuando mayor era el tumulto, cuando más excitado estaba el populacho contra los que acusaban de cristianos, sonaron los clarines de los soldados y apareció en la plaza, al frente de sus soldados, Marcus Petronio.

Venía subido en su cuadriga, tirada por briosos caballos y sin detenerse a esperar que se apartase la muchedumbre hizo que los caballos se abriesen paso por entre ella, hasta llegar cerca de donde estaban los cristianos.

Marcus Petronio era uno de los hombres más elegantes de Roma y su autoridad, después de la del César, era la primera del Imperio. Joven, de unos treinta años, dotado de una belleza física que le había valido el nombre del árbitro de la elegancia, de musculatura fuerte y ágil, era el tipo representativo de la belleza masculina de los romanos.

Su gesto era duro, agresivo en ciertos momentos, aun cuando no podía ocultar en sus ojos un sentimiento de bondad que desdecía mucho del resto de los ciudadanos, en aquellos tiempos en los que las vidas de los seres humanos estaban a merced de los grandes patricios.

Bajó de su cuadriga y en vista de que la multitud no le cedía el paso

se lo abrió él mismo con su látigo, azotando a cuantos se interponían en su camino. Más de uno de los que componían el grupo que atacaban a los cristianos, huyó dando aullidos al recibir en pleno rostro los latigazos de Marcus y así consiguió llegar hasta donde estaba Marcia amparando con su cuerpo el de los pobres viejos. Al ver a la joven quedó sorprendido por su belleza y sintióse conmovido por la dulzura de aquellos ojos, que al fijarse en los suyos bajaron al suelo, al mismo tiempo que un delicioso carmín teñía las mejillas de aquel rostro de virgen.

—¿Qué han hecho?— preguntó Marcus con voz autoritaria.

—¡Nosotros los descubrimos!— exclamaron varios ciudadanos, pensando en la próxima recompensa del César, por haber capturado a dos cristianos.

Marcia se acercó a él y con voz humilde que parecía el zuzurro de una brisa le dijo:

—Estos ancianos no...

El griterío del pueblo ahogó las últimas palabras de la joven y Marcus ordenó imperativo:

—¡Silencio!

Y dirigiéndose nuevamente a Marcia le dijo:

—¿Por qué callaste?

—No sabía que...

—¿Qué es lo que no sabías?—le preguntó Marcus dulcificando su gesto y su voz.

—No sabía que era el Prefecto—respondió la muchacha, con mayor humildad todavía.

Marcus, sin poder apartar la vista del encanto de aquel rostro angelical, sintiéndose conmovido por la dulzura de la voz de la joven, le respondió:

—Alégrate de que aquí esté la primera autoridad de Roma, después del César... ¿No te satisface?

Desde un palacio próximo, un patricio llamado Glabrio miraba todo cuanto pasaba y le dijo a una mujer que estaba a su lado:

—Dacia, la belleza cegará, por esta vez, a la justicia.

Dacia sonrió malévolamente y siguió con interés la entrevista del Prefecto y Marcia, que con la vista clavada en el suelo a penas si osaba responder a las palabras de Marcus, que le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Marcia—respondió ella.

—¿Y tú?—preguntó a uno de los viejos.

—Soy Flavius Fontellus—contestó el interrogado.— Este es mi amigo Tito.

—¿Es hija tuya esta joven—volvió a inquirir el Prefecto, mientras que Marcia sentía que su corazón

latía descompasadamente en presencia de aquel hombre.

—No—respondió el anciano—quería tan solamente protegerte.

El Prefecto volvió a mirar cariñosamente a la muchacha y le respondió con intención:

—Te envidio, anciano—. Y volviéndose a la muchacha le preguntó:

—¿Quién es él?

Flavius fué a contestar por ella, pero Marcus le impuso silencio, diciéndole:

—¡Que hable ella!

—Es mi maestro—replicó la doncella.

—¿Dónde están tus padres?

—Mis padres murieron—exclamó con infinita amargura la joven.

—¿Y vives con este anciano?—insistió en sus preguntas Marcus.

—Sí—volvió a responder Marcia.

—¿Pueden irse?

—¿Qué religión tenéis?—le preguntó el Prefecto, que buscaba a toda costa librarlos de las iras del populacho, más que por nada, en atención al amparo que les prestaba Marcia.

—Mi amigo y yo somos filósofos—le respondió Flavius.

—¡Miente!—exclamó uno de los que formaban el grupo del pueblo y que veía esfumarse su recompensa.— Son cristianos.

El Prefecto por toda contestación le cruzó el rostro de un latigazo y Marcia dió un grito de espanto, al ver el daño que había recibido aquel enemigo suyo. Pero Marcus, sin dar importancia a lo hecho, llamó a uno de sus soldados y le ordenó:

—Despejad la calle. Y vosotros, ancianos, podéis marcharos.

Los soldados la emprendieron a latigazos con los que formaban el grupo callejero, mientras que Marcia se acercaba a Marcus y con la cabeza baja le decía con la mayor humildad:

—Te damos las gracias, señor.

Marcus sonrió benévola y haciendo que ella levantase el rostro, para poderlo admirar una vez más, le preguntó:

—¿Qué más puedo hacer por... vosotros?

—Nada, señor—exclamó Flavius.

—Te estamos muy agradecidos.

Hicieron ademán de irse los tres, pero Marcus los detuvo diciéndoles:

—No es bastante lo que he hecho... Yo querría saber más...

Pero al ver que Marcia lo miraba extrañada, quedó callado sin atreverse a expresar su pensamiento y les dejó el paso libre cubierto por aquellos ojos que al mirar se adentraban en el fondo del alma y nublaban el pensamiento.

En cuanto los tres hubieron salido

del corro que habían formado en torno de ellos por los soldados, Marcus llamó a uno de sus más fieles servidores y le dijo:

—Síguelos y averigua donde viven.

El soldado echó a andar tras ellos, mientras que Marcus subía de nuevo a la cuadriga y se disponía a partir. Vió entonces en la balaustrada del palacio al viejo patricio Glabrio y éste le dijo intencionadamente:

—Marcus, mi ilustre amigo, vuelve en ti por un instante.

—¿Qué descas?—preguntó el Prefecto.

—Felicitarte por el hallazgo—respondió el patricio—. ¡Hermosa es la doncella!

Marcus no pudo ocultar un gesto de molestia, al ver que otro había comprendido también toda la belleza de Marcia. Fué como si los celos le atormentaran y por lo mismo no se dignó siquiera contestarle.

Mas por lo visto, el patricio estaba dispuesto a tentar la paciencia del joven Prefecto y siguió diciéndole:

—Sabroso bocado para el banquete de mañana.

—Se lo diré al cocinero—le respondió Marcus despectivamente, al mismo tiempo que levantaba el látigo para fustigar sus caballos.

Dacia que sonreía burlonamente ante las palabras del patricio y la actitud del Prefecto, en el mismo momento de partir éste le dijo:

—No olvides que te esperan esta tarde.

Pero ya Marcus no la oía, porque con el ruido formado por las ruedas de su cuadriga, las pisadas de los caballos y el recuerdo de Marcia, se alejó de allí rápidamente.

—¡Qué distraído!—exclamó Dacia, al ver que no le hacía caso.

—Tiene buen motivo—respondió Glabio.

—¿Te refieres a la muchacha?—preguntó Dacia.

—Claro que sí... Y eso que decías que Roma era aburrida.

—Lo dije, pero yo sé hacer para que no lo sea desde mañana.

Y sin darle más explicaciones al patricio volvió a entrar en el palacio, al mismo tiempo que la calle recobraba su aspecto normal.

Una de las cosas más importantes en aquellos tiempos, lo que más preocupaba a los romanos, era el culto que rendían a la belleza. Eran tiempos paganos y toda la fe, toda la idolatría y todo el entusiasmo eran para la belleza física. Aparecer bello era el constante anhelo de cuantos vivían aquellos tiempos. El mismo César sentía envidia a Marcus, más que por su talento porque el pueblo

le hubiese designado árbitro de la elegancia en vez de serlo él.

Y como es natural, este afán por aparecer bello era más intenso en las mujeres que en los hombres. Para ello se recurrían a los más extraños procedimientos y el principal de todos era el del baño y los aceites perfumados.

En este aspecto Popea, la esposa del César, había llegado a lo imaginable. Para que su cuerpo conservase la blancura inmaculada de la nieve había ordenado que todas las mañanas se le preparase un baño de leche de burras. Para ello se había construido un baño especial, el cual recibía el cálido y blanco líquido por medio de una cañería que daba a un depósito de la calle. En ella todas las mañanas se ordeñaban las burras y la leche se vertía al depósito que comunicaba con la mencionada cañería por la cual iba cayendo el líquido al baño de Popea. Esta era una judía y por consiguiente consideraba como sus mayores enemigos a todos aquellos que profesaban la religión cristiana, y de ahí que en vez de contener la ira que el César había despertado contra los creyentes de la nueva doctrina de Cristo, la fomentase e hiciese su persecución mucho más cruel.

A la mañana siguiente de haber librado Marcus de las iras del po-

pulacho a los dos ancianos, se hallaba Popea bañándose, cuando entró a verla Dacia y acercándose al baño donde estaba sumergida la emperatriz le dijo cariñosamente:

—¡Mi querida Popea!

—¿Qué nuevas traes, Dacia?—le preguntó la emperatriz.

—Muchas, señora y dueña mía—contestó intencionadamente Dacia.

Popea salió del baño y cubierta con una rica túnica se acercó a Dacia y le preguntó confidencialmente:

—¿Diste el recado?

—Lo di, querida—replicó sonriendo Dacia.

Popea la miró y adivinando la intención de la que se decía su amiga exclamó:

—Claro que lo darías. Esas cosas son la sal y la pimienta de tu vida. ¿Qué dijo él?

—Nada, absolutamente nada—contestó Dacia.

Popea la miró. Adivinaba en las palabras de aquella mujer cierta reminiscencia y por lo mismo volvió a preguntarle, algo intranquila:

—¿Qué significa ese nada?

—Quizás muchas cosas—replicó Dacia—pero no es ahora el momento de decirlo; el César te espera...

—No importa—exclamó Popea.

Y dirigiéndose a sus esclavas les ordenó que saliesen de allí, para po-

der hablar con más libertad con Dacia. Cuando quedaron solas preguntó ansiosamente:

—¿Vendrá Marcus?

—No dijo nada, señora.

—¿No sonrió al darle el recado?—preguntó Popea extrañada.

—No sonrió, augusta—le contestó Dacia, que no quería ser muy explícita con la emperatriz para recrearse en su incertidumbre.

—¿Amará a otra?—exclamó pensativa Popea, sintiendo en su pecho el aguijón de los celos.

—Yo le dije que la emperatriz quería verle—siguió diciendo Dacia.—Además le indiqué que lo quería ver solo y al instante.

Calló, sin querer decir más y Popea desesperada por aquel silencio le dijo:

—No me atormentes más, Dacia, y dime lo que piensas... ¿Crees que estará enamorado de otra?

—Ojalá no sea verdad mi pensamiento—replicó Dacia—pero hay tantas mujeres hermosas en Roma... ¿Quién sabe lo que sentirá su corazón?

Popea sentía por Marcus una pasión amorosa que la enloquecía. Aquella mujer cuyos menores caprichos, cuya voluntad era respetada por todos y sus órdenes acatadas sin la menor discusión, no podía comprender cómo había un hombre

que se desistiese a su deseo y más aún cuando aquel deseo era precisamente el que la amase.

Sin embargo, Marcus jamás había hecho caso de las insinuaciones de Popea y huía de la tentación que encarnaba aquella mujer. Aquella fascinadora belleza no había conseguido jamás emocionarlo y más que admiración sentía por ella un verdadero desprecio. Su fidelidad al César le impedía por otro lado hacer caso a los devaneos de la emperatriz, quien al darse cuenta de que Marcus pretendía evadir la ocasión llegó impulsada por aquella pasión a ser ella misma quien lo llamase.

Al advertir la ironía con que hablaba su amiga, no pudo ocultar su pensamiento y le dijo despectivamente:

—Dacia eres una bella mariposa con el aguijón de una avispa. Puedes irte, ya no te necesito.

Dacia saludó humildemente a Popea y salió del patio de baño, dejando a ésta sola que presa de una gran nerviosidad, por lo que su amiga le había dicho, pagó su malhumor con las desgraciadas esclavas que la servían.

Entre todos los enemigos que tenían los cristianos ninguno era tan cruel como Tigelino, cuya ferocidad jamás se hallaba satisfecha. La per-

secución que ejercía sobre los cristianos era tal que solamente se detenía ante Marcus, quien en muchas ocasiones había detenido la venganza de Tigelino. Esto y además la preferencia que el César sentía por Marcus había dado lugar a que en el pecho de Tigelino se despertase una envidia incontenible que le hacía odiar con todas sus fuerzas al árbitro de la elegancia.

La misma tarde en que Marcus había libertado a los ancianos, uno de los espías de Tigelino le comunicó lo que había pasado en la plaza pública y el jefe de los pretorianos le preguntó:

—¿Sabes por qué los soltó?

—No lo hemos podido averiguar.

Tigelino miró despectivamente a su soldado y exclamó:

—¡Vaya unos espías que tengo!

¡Si tuvierais tanto seso como amor al dinero!

Quedó un momento pensativo y al fin ordenó:

—Volved a la tahona, preguntad por ella y en todo caso esperarla.

Salieron los espías y Tigelino pensando en lo que le habían dicho exclamó con una sonrisa satánica:

—Marcus blando con los cristianos... Eso es lo único que me hacía falta.

—¿Para qué? — le preguntó su ayudante.

—Porque así lo malquistaré con el César... en provecho mío.

Y levantándose, salió de su casa para dirigirse al palacio del César y poder empezar a construir la venganza que había ideado.

Durante varias horas, Marcus esperó impaciente el regreso del hombre que había enviado para que se informase de la casa donde vivía Marcia y de la fuente donde iba a por agua.

Pasadas aquellas horas, el soldado volvió para informarle detalladamente de cuanto ocurría y Marcus con sus romanos se dirigió hacia el lugar donde estaba situada la fuente y donde esperaba encontrar a la joven.

No le engañó su deseo, pues apenas divisó la fuente vió que en ella estaba llenando su cántaro de metal Marcia.

Se apeó de su caballo y dirigiéndose a la muchacha se acercó a ella y le preguntó, refiriéndose al cántaro:

—Me gusta esta copa.

Marcia lo miró sorprendida y al reconocer al Prefecto, sintió una turbación inexplicable. No era miedo lo que sentía en aquellos momentos, sino algo tan diferente a lo que jamás había sentido, que la obligó a bajar los ojos, mientras

que Marcus, sonriéndole cariñosamente, volvía a decirle:

—Véndemela... ¿Es oro?

Ella movió la cabeza en signo negativo y Marcus le cogió el cántaro diciéndole:

—¿Me permites?

Marcia le ofreció el cántaro y el Prefecto, antes de beber, le explicó:

—Tengo sed... Mucha sed...

Bebió unos sorbos y con marcada intención le dijo de nuevo:

—Nunca había tenido tanta sed.

—Pues bebe—le respondió dulcemente la muchacha.

Otra vez hizo como que bebía y al terminar le devolvió el cántaro, diciéndole:

—Gracias, muchas gracias.

Los dos se quedaron mirándose fijamente. El con la admiración que le producía la exquisita belleza de Marcia, tan dulce, tan suave, que parecía el perfume de una flor que empieza a abrir sus pétalos a la vida.

Por fin, Marcus le preguntó cariñosamente:

—¿Te acuerdas de mí?

Y como hiciera ademán de acercarse más a ella, Marcia, instintivamente dió varios pasos atrás y Marcus continuó diciéndole:

—¿Por qué huyes?

Marcia no supo responder, no su-

po comprender aquel movimiento que tan impensadamente había hecho. Sólo vió en aquel entonces al Prefecto de Roma ante ella y esto fué lo que la impulsó a sentir miedo. Marcus lo comprendió y dulcificando en todo lo posible su acento, le preguntó:

—¿Tienes miedo?

—Yo no tengo miedo a nada—respondió con valentía la joven—. Tú eres diferente.

—¿Diferente?—preguntó Marcus, sin poder comprender el pensamiento de la joven, que veía en él a un patricio completamente distinto a los demás.

Indudablemente Marcus no tenía aquella crueldad de los demás, no gozaba con el dolor ajeno como la mayoría de los que pertenecían a su sociedad y en muchas ocasiones tuvo lugar de confirmar estos buenos sentimientos, siendo misericordioso con los que caían bajo su poder.

Su valor había sido demostrado en muchas ocasiones, pues no eran pocas las veces que se había jugado la vida en las batallas, en provecho del César; pero sus prisioneros jamás experimentaron los tormentos a que solían condenarlos los otros patricios. Marcia comprendió que el corazón de aquel hombre era tan propicio a las buenas obras que no hubiera sido difícil convertirlo a

su misma religión; pero se abstuvo de demostrarle todo lo que pensaba en aquel momento y cogió el cántaro con intención de marcharse. El aun la detuvo unos instantes y volvió a decirle:

—¿Por qué dices que soy diferente a todos los demás?

—Porque te he visto por las calles de Roma... Entonces sí eras el Prefecto de Roma. Pero sí, tu soldado eres más humano.

—¿Creeías que no lo era?—preguntó con cierto reproche Marcus, que se dolía de que Marcia pudiera tener un concepto desfavorable de él.

—He oído hablar de tu reputación—le dijo por toda contestación ella.

—¿Y crees que soy perverso?

Marcia dudó antes de responder, pero al fin, sonriendo algo confiada, hizo un gesto de duda y respondió:

—Algo sí lo eres.

—¡No es verdad!—exclamó Marcus—. No me gusta hacer daño a nadie, aun cuando a veces, para evitar otras mayores, haya que hacerlo. Te han engañado los que te informaron de mí diciéndote que soy perverso.

Marcia lo miró y advirtió en el rostro del Prefecto tanta sinceridad, tanto deseo de elevarse en el concepto de la joven, que ella se sintió

conmovida por él y respondió cariñosamente:

—Tal vez no... Tu cara no lo demuestra.

—¿Qué te dice mi cara?—le preguntó nuevamente Marcus, cuyo afán era impedir que la joven se fuera tan pronto.

—Nada diferente—exclamó Marcia, intentando marcharse.

Nuevamente la detuvo Marcus. Se hallaba tan a gusto al lado de Marcia, que los instantes que pasaba hablando con ella le parecían los más felices de su vida. Por lo mismo, sin cederle el paso, pero sin ordenarle tampoco, la suplicó:

—Espera.

—He de marcharme—respondió ella.

—Pero yo quiero que te quedes—exclamó con cierta energía el Prefecto.

Marcia, extrañada de aquel tono, que tanto se desdecía de su anterior actitud, le preguntó deteniéndose:

—¿Es una orden del Prefecto de Roma?

—No tal—se apresuró a decir Marcus, arrepintiéndose de la actitud empleado—. Yo no quiero serlo para ti, a menos que no intentes huir. ¿Crees que me resignaré a perderte? Eres demasiado bella y hay en tus ojos un encanto tan dulce que me resisto a abandonarte.

Aun cuando hacía esfuerzos por mantenerse sereno ante ella, no podía impedir que su costumbre de mandar se trasluciese a través de sus palabras. Era ya una costumbre que difícilmente podía modificar, y exaltado por el amor que Marcia había hecho nacer en su corazón, le dijo:

—¿No sabías que volvería a verte para no dejarte marchar?

Marcia empezó a subir una escalera que había junto a la puerta y Marcus, de un salto, se colocó frente a ella. Intentó abrazarla, pero Marcia, al intentar defenderse de él, pretendió huir y el cántaro rodó por el suelo. El mismo Marcus se apresuró a recogerlo y se lo entregó, mientras ella le decía:

—Tu reputación no es injusta.

—¿Me aborreces, acaso?—preguntó anhelante Marcus.

—Yo no puedo aborrecer a nadie—replicó Marcia recordando las palabras del Maestro que decía: «Amaos los unos a los otros».

—Harías muy mal si hicieses eso—siguió diciéndole Marcus—. Yo no quiero que me aborrezcas... Quiero que veas en mí a un amigo...

Fué a dejarle el camino libre, mas en aquel instante, la llegada de Tigelino y varios de sus hombres, detuvo a los dos jóvenes. Marcus sabía que su mayor enemigo en todo

el imperio era aquel ser, vil y repugnante que se arrastraba a los pies de los poderosos, para mendigar sus favores y luego toda su hiel, toda su crueldad jamás satisfecha le pagaban los desgraciados que caían bajo su poder.

La llegada de Tigelino inquietó un poco a Marcus, que se volvió rápidamente a él, decidido a defender a la joven, si el motivo de la aparición de aquél era ella. Tigelino, por su parte, sin hacer caso de la actitud de Marcus, le entregó un pliego que llevaba en la mano y le dijo:

—Por mandato del César te entrego este mensaje.

Marcus cogió el mensaje que le enviaba el César, y Tigelino, que no apartaba la vista de la muchacha, sospechó que Marcus estaba enamorado de ella y que la joven podía serle un buen elemento para vengarse del Prefecto.

—¿Quién es?—le preguntó a Marcus—. ¿La conocías antes?

Marcus, antes de responderle, se volvió a la joven y en voz baja le dijo:

—Márchate. Ya no estás tan segura como antes. Huye a tu casa y acuérdate de mí.

Luego se volvió a Tigelino y le preguntó, para dar tiempo a que Marcia pudiera huir:

—¿Qué mensaje es éste?

—Lo leeré yo mismo—le respondió Tigelino con íntima satisfacción, pensando el disgusto que experimentarían su enemigo.

Deslizó el mensaje y empezó la lectura de la orden del César que decía:

«A mi querido Marcus: La exterminación de los cristianos continuará... No darás cuartel hasta que Roma se vea libre de todos ellos. Ejecutarás en el acto a los más peligrosos y los demás serán conducidos al calabozo del circo.

Te exijo fidelidad.»

Tigelino mostró el mensaje abierto y terminó diciéndole:

—Aquí está el sello del Emperador... Ya lo sabes: toda persona sospechosa...

—Oí la orden—respondió Marcus.

Y al ver que Tigelino miraba hacia el lugar por donde había desaparecido Marcia, le dijo:

—¿Querías seguirla?... ¿Y a tu edad?

Pero Tigelino, que veía que se le escapaba la muchacha, a quien pensaba acusar de cristiana, hizo ademán de seguirla y Marcus lo detuvo diciéndole con cierta ironía:

—¿Por qué tanta prisa en entregarme esta orden?

—Es mandato del César—le dijo

Tigelino, casi sin poder ocultar su mal humor.

—Mandato del César a instancias tuyas, ¿verdad?

—No te entiendo—respondió Tigelino, pretendiendo ocultar toda la hiel que guardaba hacia aquel rival, que gozaba de los favores del César, restándole a él autoridad.

—Bien sabes que te conozco, Tigelino—respondió despectivamente Marcus—. Pero como es una orden del César, no te detengo... Ya ha desaparecido y no la encontrarás.

Y aquella vez, como otras muchas, Tigelino tuvo que tragar toda la hiel de su alma al darse cuenta de la estratagema que le había jugado Marcus para defender a la muchacha de su persecución.

Mientras tanto, en la tahona, los hombres que había enviado Tigelino querían informarse de la casa de Marcia, y uno de ellos, llamado Licinius, le preguntó al tahonero:

—¿Conoces a esa muchacha que salió en defensa de los viejos cristianos?

—No—respondió el tahonero—. Viene aquí muy a menudo a comprar el pan, pero no sé más de ella.

—¿Dices que ha estado aquí mu-

chas veces y no sabes dónde vive?

—preguntó extrañado Licinius.

—Así es—insistió el panadero.

—¿No sabes que ocultar un cristiano está castigado con la muerte?

—le preguntó el soldado de Tigelino.

—No la oculto—respondió con cierto temor el tahonero—. Digo lo que sé.

—¿Pagó el pan que compró?

—inquirió nuevamente Licinius.

—Sí—siguió diciéndole el tahonero—.

Pagó el pan, se fué corriendo y lo dejó aquí.

El soldado de Tigelino se alejó un poco de la tahona y les dijo a los compañeros que iban a sus órdenes:

—Esperad aquí... Es muy posible que vuelva, y entonces la detendremos.

Y convenientemente apostados para apoderarse de la joven, aquellos desalmados esperaron tranquilamente la llegada de Marcia para sentir la satisfacción de conducirla al suplicio y además percibir la retribución que se daba como premio a todo el que descubría a un cristiano.

LA CASA DE MARCIA

El tabonero, a pesar de no profesar la misma religión de Marcia, había mentido al decirles a los romanos que no sabía cuál era el domicilio de la joven ni quién era ella. Desde hacía mucho tiempo que la conocía, pero por lo mismo sentía por ella un gran cariño y aun cuando expusiera su vida, como en aquella ocasión, jamás habría delatado a la muchacha. Sospechaba que ella era cristiana, pero ajeno a los prejuicios del César y de sus esbirros, su cariño por Marcia se imponía a su temor y a su ambición.

Sabía que Marcia vivía frente a él desde hacía muchos años, desde cuando la joven tenía padres, antes de haber sido condenados por el César, y su temor en aquella ocasión era el que la muchacha pudie-

ra volver a recoger el pan que había dejado pagado. Miró varias veces hacia donde estaban los soldados y comprendió que le era imposible ir a casa de la joven para prevenirla del peligro que corría.

En el interior de la casa, ajena a toda aquella persecución de que era objeto, Marcia se dedicaba a preparar la comida, mientras que su hermano Esteban jugaba con un perro. De pronto, el muchacho, que tenía varios años menos que ella, la llamó y le dijo:

—Marcia, Bucco tiene más hambre que otro perro cualquiera.

—Dile que espere—respondió la joven sonriendo.

Esteban se encaró con el perro y le regañó bromeando, al mismo tiempo que le decía:

—¿No te da vergüenza apurar a Marcia?

—Es que Bucco es un egoísta— siguió hablando con él la joven.

Entretanto, cerca de ellos, los dos ancianos hablaban en voz baja y Flavia decía al otro:

—Yo quisiera que te quedases más tiempo.

—No puedo—respondió Titus—. Tengo que llevar el mensaje de Pablo a España y a África.

Titus siguió escribiendo el mensaje de Pablo y Flavius le dijo:

—Es una inspiración copiar la palabra de Pablo para luego darla a conocer a todos.

Marcia había colgado el cántaro lleno de agua cerca de los dos ancianos y Flavius llamó la atención de la joven diciéndole:

—Ese cántaro gotea.

Marcia sintió que un fuego se le subía al rostro y toda su sangre se agolpó a sus mejillas. Recordó el momento en que se le había caído y respondió azorada:

—Se me cayó, pero no sabía que...

Lo quitó de donde estaba para colgarlo en otro sitio, al mismo tiempo que les informaba del encuentro que había tenido en la fuente y les decía finalmente:

—¿Verdad que ha sido una sorpresa para todos nosotros ver a Mar-

cus de cerca?... Quiero decir tan amable y tan generoso...

—Sí—respondió Flavius—, menos cuando usó del látigo.

Marcia sintió la necesidad de defenderlo y respondió:

—Así le enseñaron.

—Pero hace mal... No es eso lo que manda la doctrina del Maestro.

Titus intervino en la conversación para preguntarle a Flavius:

—¿Sabéis todos que nos reunimos?

—Sólo falta avisar a unos pocos... Esteban lo hará.

Titus tuvo cierto temor de confiar aquella misión al muchacho y se lo dijo a su compañera.

—¿Por qué mandar a ese muchacho?

—Porque infunde menos sospechas... Ya viste lo que ha ocurrido con nosotros.

—¿Son hermanos?—preguntó Titus.

—Sí, sus padres fueron convertidos en antorchas para alumbrar una orgía de Nerón... Murieron como tantos otros proclamando la verdad.

Marcia acabó de hacer la comida y entonces se dio cuenta de que se había olvidado el pan en la tahona y exclamó:

—Se me ha olvidado el pan.

Su hermano había sido llamado por los ancianos y Flavius le dijo:

—Esta noche nos reuniremos en las ruinas del bosque.

—Lo sé, padre—respondió humildemente el muchacho.

—Ve a avisar a Melo y a Cayo... Procura ir por las calles estrechas y cuida de que no te vigilen.

—¿Quieres comer antes?—le preguntó su hermano.

—No—respondió el muchacho—. No tardaré en volver.

Titus atrajo hacia él al muchacho y paternalmente le dijo:

—Has de tener cuidado, hijo mío. ¿Sabes por qué?

—Sí—contestó el joven—. Hay peligro.

—Peligro ¿de qué?—le preguntó Titus.

—De muerte—respondió Esteban.

Titus, al ver la entereza del muchacho, le puso la mano sobre su cabeza, patriarcalmente, y le dijo:

—Esteban... Vi al Maestro.

—¿Le viste?—preguntó ansiosamente emocionado el muchacho.

—Sí—siguió diciéndole Titus—. Estaba en Jerusalén cuando Él pasó. Le vi cargado con la cruz... ¿Sabes lo que hizo por nosotros?

—Dió su vida—respondió el muchacho.

—Pues si tú le hubieses visto como yo, le amarías igual que yo le amo... Moriría feliz por Él... ¿Y tú?

—También—exclamó Esteban.

—¿No nos traicionarías, aunque te viese en peligro de muerte?

—¡Nunca!—exclamó con energía Esteban.

—¿Nos serías fiel hasta la muerte?—lo volvió a preguntar el anciano.

—Hasta la muerte—respondió Esteban.

Iba a salir cuando su hermana lo llamó, deteniéndole en la puerta y le dijo:

—Esteban, ¿quieres traer el pan?

—¿Hay que pagarlo?—preguntó el muchacho.

—No. Yo lo pagué ya y el panadero nos conoce.

Salió Esteban de su casa y se fué directamente a la tahona a recoger el pan que su hermano había pagado.

Cuando llegó a la panadería, Tibulo, el dueño, le dijo a la vez que hacía una seña para que huyera:

—Hoy vienes muy tarde... Menos mal que queda un pan... Si tardas unos minutos más te quedas sin pan.

Esteban cogió el pan y Tibulo, para despistar a los esbirros de Tigelino, le dijo:

—Dame el dinero.

—Marcia lo pagó ya—respondió el muchacho, que no había comprendido ni las señas ni las palabras del tahonero—. Acuérdate que dejó el dinero y se fué corriendo.

El tahonero se resistía a entregarle el pan, pensando que el muchacho se estaba perdiendo irremisiblemente. Pero Esteban, sin sospechar que los que se habían acercado a la panadería oían su conversación, insistió de nuevo:

—Dámelo. Es para cenar.

Y mientras que Esteban insistía con el tahonero para que le entregase el pan, los dos ancianos siguieron copiando las palabras del Divino Maestro, hasta que de pronto sintieron llamar repetidas veces a la puerta.

Flavius se sorprendió de aquel llamamiento y exclamó:

—Nosotros no llamamos así...

Marcia se acercó a la puerta y por la mirilla vió que era Marcus el que llamaba. Corrió al lado de los dos ancianos y les dijo:

—Es el Prefecto de Roma... ¿Qué hacemos?

Flavius miró a su amigo y antes de que ninguno pudiera expresar su pensamiento, Marcia les dijo, confiada en la bondad de Marcus:

—¿Por qué desconfiar de él?... ¿No nos salvó una vez?

—Tienes razón—respondió Titus.

—Déjalo entrar.

Saló la joven y abrió la puerta, apareciendo en ella la figura arrogante del joven Prefecto, que le dijo sonriendo:

—Salud.

—Salud, Marcus—respondió la joven, cerrando la puerta tras él y sintiéndose dulcemente cohibida ante su presencia.

—Una puerta cerrada—volvió a decirle Marcus—es poco hospitalaria.

—Pero no lo está para el amigo—intervino Flavius—. ¿A qué debemos el honor de tu visita?... ¿Deseas algo?... Hoy has sido muy generoso, señor.

—No vine a que me dieras las gracias, sino por Marcia.

—¿Para qué la quieres?—preguntó algo intranquilo Flavius.

Marcus sonrió a la pregunta del anciano y exclamó:

—Eres muy viejo para comprender mi deseo.

Entonces se fijó en el escrito religioso que estaban escribiendo los dos viejos, y Flavius, que lo advirtió, quiso evitar el peligro que lo leyera, y le dijo:

—Es una carta.

Marcus sonrió como indicándole que no le engañaban y respondió:

—Sí, ya veo... No quiero saber de qué se trata.

Aquello era una prueba más del favor que otorgaba a los viejos y éstos se miraron, pensando que no les sería difícil doblegar el orgullo de aquel hombre, que después del

César era el que más poder tenía en la tierra. Este, sin embargo, experimentaba un gran temor por Marcia. Sabía más que nadie el grave peligro que corría su vida y por lo mismo les reconvino a los viejos diciéndoles:

—Siendo cristianos y viejos, poco os queda de vida; pero Marcia es joven... ¿Por qué exponerla al peligro?

—¿Has venido por nosotros?— preguntó tranquilamente Flavius.

—Comprendiste mal, anciano— replicó Marcus—. Vine a aborrazos la molestia de llevárosela... Me la llevaré yo.

Flavius le miró extrañado y como si no le hubiese comprendido bien le preguntó:

—¿Qué dices?

—Lo que oyes—respondió con energía Marcus.

Flavius comprendió el sentimiento que animaba a Marcus, pero lo que no sabía era si aquel amor que expresaba era un amor sincero y honrado o sencillamente un deseo lujurioso, y le preguntó intencionadamente:

—¿Es por su seguridad por lo que te interesas?...

Marcus no quiso responderle a él y se acercó a Marcia diciéndole afablemente:

—¿Te acuerdas que no nos despedimos?

—Lo recuerdo—respondió Marcia—. Pero me sorprende que hayas venido solamente para recordármelo.

—¿Por qué?—preguntó el Prefecto—. Debías suponer que vendría.

Los dos jóvenes hablaban apartados de los viejos, y Marcia, comprendiendo que aquella amistad con el Prefecto no podía continuar más, le dijo:

—Pues ya que has venido, despídmonos para siempre.

—Nunca—respondió Marcus—. He venido para llevarte conmigo.

Marcia miró sorprendida al Prefecto y éste, fijándose en que Flavius no hacía más que mirarlos disimuladamente, le dijo a la joven:

—Está alarmado el viejo. Le he dicho a qué he venido... El no me entiende, pero tú sí debes comprenderme. Sal de aquí y vente conmigo.

—¿Para qué?—preguntó ella—. Esta es mi casa y aquí está mi puesto.

—Porque aquí estás en peligro—le respondió Marcus—. Porque estás entre esos cristianos.

Y acordándose de la orden del César, terminó diciendo:

—Sí es que lo son.

Titus, que lo había oído, intervino diciéndole:

—Tú no sabes nada de cristianos.

—Sé lo bastante—respondió Marcus— Sé que están disgustados con el mundo y quieren destruirlo.

—Quieren salvarle—exclamó Titus—. Quieren salvarle haciendo a los hombres libres.

—Y para ello no repararían en matar al César.

—No lo harían, a pesar de ser un monstruo—replicó Titus, sin que en sus palabras hubiese el menor acento de odio.

—Pues ten miedo, que morirás por traidor... Y olvidaré tus palabras... No seréis cristianos—siguió diciendo Marcus, para acallar la conciencia que le gritaba acusándolos—, pero os hacéis sospechosos y ponéis en peligro la felicidad de Marcia. Ella vendrá conmigo.

Flavius se levantó para impedir que se la llevase. No le importaba la alta jerarquía de Marcus, con tal de salvar a la joven de la vergüenza de verse convertida en una de las mujeres de un patricio. Mas antes de que el anciano pudiera salir en su defensa, la joven intervino enérgicamente diciéndole:

—Espera Flavius.

Y volviéndose hacia Marcus le dijo:

—Me alegro que hayas venido, porque tengo que agradecerte... pero me quedo aquí con Flavius.

—¿Porque él lo quiere?—preguntó Marcus, aferrándose a su última esperanza.

—No. Porque yo lo quiero.

—¿Aunque sean...?

Iba a decir cristianos, pero la palabra no salió de sus labios por temor a las consecuencias de aquella acusación, y Marcia, adivinando su pensamiento, confesó su fe cristiana diciéndole:

—Soy de ellos.

El Prefecto quedó extrañado ante la valentía de la joven. No podía comprender todo aquel heroísmo ni tampoco le era comprensible que una mujer de la belleza de Marcia y de su juventud sintiera tan poco miedo a la muerte. Para que un ser se expresase en aquella forma, para que tuviese la valentía de confesar su religión a sabiendas de que le esperaba la muerte, era indudable que había de tener una convicción arraigada y exponer su vida por ella. Pensando en todo esto, Marcus no supo decir otra cosa que preguntarle:

—¿Tienes convicciones firmes?

Marcia suplicó, más que con palabras, con la vista, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma para callar el amor que también sentía por el Prefecto, le dijo humildemente:

—Procura comprender...

Mas el Prefecto no podía com-

prender sus palabras porque no comprendía tampoco la verdad predicada por Cristo, y cada vez más extrañado, le preguntó:

—¿Tan poco aprecias la vida?

Marcia sonrió, quiso demostrarle que ella le amaba, y, cariñosamente, pero con una firmeza de un alma dispuesta a todo, le respondió:

—Antes no la apreciaba, pero quizás ahora la aprecie más que nunca... Ignoro ese peligro de que quieras sacarme... No le temo a la muerte.

—No es solamente de ella de la que quiero sacarte—insistió Marcus, —quiero sacarte también de la pobreza en que vives.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el tahonero. Traía el semblante descompuesto y apenas si podía hablar. Al verlo en aquel estado, Marcia le preguntó:

—¿Qué pasa, Tibulo?

—¡Han arrestado a Esteban!— exclamó el panadero.

—¿Quién es Esteban?

—Mi hermano—respondió desconsolada Marcia.

—¿Quién lo arrestó?— preguntó Marcus, decidido a salir en su defensa.

—Los hombres de Tigelino—exclamó el panadero.

Marcus comprendió que aquello era más difícil de lo que él se había creído en un instante y temió por Marcia, diciéndole:

—Le harán hablar... Si habla, vendrán por ti antes que yo pueda llevarte.

—No importa—intervino Flavio. —Si cae uno, los otros deben seguir adelante.

—Habré que cambiar el lugar de la reunión—propuso Titus.

—Es tarde—le respondió convencido Flavio—. Esteban callará.

Marcus había comprendido todo lo difícil que era la situación del hermano de Marcia, y para hacer lo posible por salvarlo y más aún para evitar que hablase y pudiese descubrir a Marcia, corrió en su auxilio.

EL SUPPLICIO DE ESTEBAN

Como había dicho Tibulo, Esteban había sido detenido por los hombres de Tigelino y conducido a presencia de éste para que pudiera declarar. Pero con lo que no contaba el favorito del César era con la firmeza del joven y con su convicción religiosa.

Primeramente quiso hacerle hablar con halagos, y viendo que nada conseguía, abandonó aquel sistema y empleó el terror, diciéndole:

—¿Por qué callas?

Tampoco respondió Esteban y Tigelino exclamó, cada vez más indignado:

—¿Crees en «ese» Cristo?

El silencio de Esteban siguió siendo el mismo. Tigelino inquirió nuevamente:

—¿Eres cristiano?

Tampoco quiso el muchacho responder a esta pregunta. Estaba decidido a todo antes que delatar a los cristianos, y Tigelino, como queriéndole hacer comprender que lo sabía todo, le dijo:

—Sé que esta noche se reúnen...
¿Dónde se reúnen?

El silencio de Esteban era el mismo. Parecía que el muchacho se había quedado mudo de repente, y Tigelino, desesperado ante aquella terquedad, exclamó:

—Tú hablarás.

Hizo una seña a sus soldados y éstos se apoderaron nuevamente del muchacho retorciéndole los brazos y haciéndole exclamar:

—¡Soltadme!... ¡Dejadme ir!

—¡Levadle abajo—ordenó Tigelino.

Lo hicieron bajar a una estancia

donde Tigelino tenía dispuesto toda clase de tormentos a cual más cruel, y el pobre Esteban empezó a sufrir la crueldad de aquel hombre que jamás había conocido la comiseración.

Lo que más le interesaba saber a Tigelino era si en aquella reunión oía la muchacha que había encontrado con Marcus, y cuyo nombre había conseguido por fin saber. Estaba seguro de que el Prefecto la amaba y para vengarse de él quería hacer de ella una víctima. Haciendo sufrir a Marcia, el dolor de Marcus sería el mismo y él se habría vengado de una parte nada más de las muchas derrotas que ante el César le había infligido. Gozaba de antemano pensando en la desesperación de Marcus si lograba capturar a Marcia y además sentía la satisfacción de poder ver a aquella mujer tan bella destrozada por las garras de una fiera o desuartizado su cuerpo por los empujes de los caballos.

Sabía cuánto gustaba al César presenciar la inmolación de las vírgenes y estaba seguro de que cuanto más horroroso fuese el suplicio que le propusiese, más se lo agradecería Nerón.

Sonrió satánicamente ante el pensamiento de su venganza y al ver que el muchacho lanzaba gritos de

dolor, se acercó a él y le preguntó:

—¿Dónde se reúnen esta noche?

Esteban siguió callado y Tigelino hizo una seña para que continuasen los tormentos. Pero Esteban se quejaba sin decir aquellas palabras que tanto interesaban a Tigelino, y en vista de ello, ordenó que los tormentos fuesen mayores.

El cuerpo del infortunado muchacho sangraba por todas partes, pero aun conservaba el valor de callar. Mas el dolor físico fué tan horroroso, tan insoportable, que, sin darse cuenta de lo que hacía y dejándose llevar únicamente por el instinto de conservación, exclamó:

—¡Basta!... ¡No puedo más!

—¿Dónde es la reunión?—preguntó Tigelino.

—En el Bosque—respondió débilmente el muchacho.

—¿En qué lugar?—inquirió otra vez Tigelino.

—El Puente Cestiano—respondió Esteban.

—¿Quiénes son?... ¿Va Marcia con ellos?

Esteban no pudo seguir hablando más tiempo. El dolor había sido tan tremendo que terminó perdiendo el sentido y se desmayó.

—¡Se ha desmayado!—exclamó desesperado Tigelino por no haber podido obtener toda la declaración que deseaba—. Subidlo arriba y es-



- Llévala abajo -
ordenó Tigelino.



- ¡Son ellos!
Los míos!



¡Dos de las flechas que cruzaban el espacio hirieron a Tito y a Flavius.



- ¿Cómo puedo vivir
si los otros mueren?





- ¿Me mandaste
llamar, Augusta?



- Esperaba a'go mejor
para los dos.



- ¡Por las formas
de Venus, mirad
lo que hay aquí!



- Debí venir antes
a pedirte perdón.



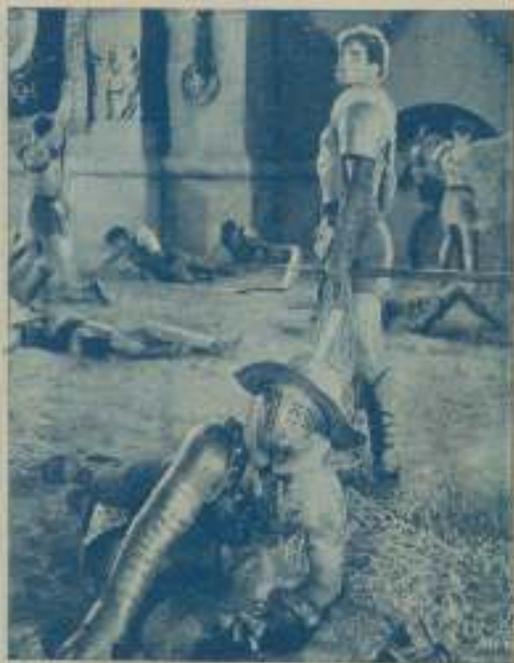
Ya no fue solo con su
belle, sino que intentó
seducirla con
su canción.



- ¡Te pido su vida!



- Marcus no repetaría
en tu derrocamiento.



La sangre de los
gladiadores teñía
la arena del circo.



Ante el César, principiaba la fiesta pagana y sangrienta.



Las fieras debían fin a los moribundos.



El viejo entretenía a la niña mientras les aguardaba el suplicio.



- ¿Viviremos allí siempre juntos con este Cristo?.

peraremos a que hable nuevamente.

Entre varios soldados lo subieron a la estancia principal y lo dejaron sobre una mesa custodiado por dos soldados.

Al poco rato llegó Marcus, y al ver sobre la mesa el cuerpo del desgraciado joven comprendió que había llegado tarde para librarlo del tormento, pero que quizás se habría desmayado antes de hablar y decir nada de Marcia y los viejos.

Marcus se volvió hacia Tigelino, que lo miraba triunfalmente, y le preguntó, con una soberbia que únicamente usaba para con él:

—¿Qué ha sucedido?... ¿Qué le habéis hecho?

—Es cristiano — respondió Tigelino.

—¿Qué ha dicho?—preguntó inquietamente Marcus.

Tigelino sabía que si confesaba lo que el muchacho había dicho, Marcus tenía fuerza y mando suficiente para evitar que fuese a sorprender la reunión de los cristianos. Para evitar que pudiera impedirlo, le respondió:

—Nada. Desgraciadamente se ha desmayado.

—Y si no—replicó despectivamente Marcus— tú le habrías arrancado una mentira como a tantos otros, ¿verdad?

—Mi lealtad al César me obliga a ello.

—¡Tú no eres leal más que a tus instintos perversos!—le dijo Marcus, sintiendo cada vez mayor repugnancia hacia aquel hombre.

Tigelino, sin querer recoger la ofensa de Marcus y pensando solamente en sorprender la reunión que a aquella misma hora estaría celebrándose, abandonó la casa, diciéndole:

—Perdona, Marcus.

Y salió en compañía de varios soldados.

Marcus se acercó a uno de los sirvientes que Tigelino había dejado para custodiar a Esteban y le preguntó:

—¿Ha dicho algo?

El criado no contestó y Marcus insistió en su pregunta diciéndole:

—¿Qué ha dicho?

Al ver que tampoco le respondía le cruzó la cara de un latigazo, diciéndole indignado:

—Contesta lo que te pregunto.

Otro sirviente intervino para que no castigase más al esclavo y le dijo:

—No puede hablar... No tiene lengua.

—Dale agua—le ordenó Marcus.

Poco después apareció el criado con el agua que había pedido y Marcus la arrojó sobre Esteban, hasta que consiguió volverlo en sí. El

muchacho abrió los ojos y Marcus se apresuró a preguntarle:

—¿Qué dijiste?

Esteban se ocultó el rostro entre las manos y acordándose de la traición que había cometido exclamó sollozando:

—¡No quiero vivir!

—¿Dijiste algo de Marcia?—preguntó alarmado Marcus.

Esteban lo miró inquieto. Vió a un romano y temió por la vida de su hermana y por la de todos los demás. Marcus lo comprendió así e intentó hacerle hablar, diciéndole:

—No tengas miedo... Quiero ayudarte.

—No te creo—respondió Esteban, que no quería declarar nada más aun cuando le costase la vida.

—¿Quieres que la maten?—preguntó desesperado Marcus—. ¿Qué le dijiste? Habla... ¿Dónde se reúnen?

Pero Esteban seguía sin querer decir nada más, y Marcus, cada vez más inquieto por lo que pudiera haber dicho aquel muchacho, le preguntó:

—¿Irás Marcia?

—Sí—respondió Esteban, empezando a tener alguna confianza en él—. Irán todos... No debí decirlo... Debí morir antes.

—Yo puedo salvarla—exclamó Marcus—. ¿Dónde es la reunión?

—En el Bosque... Cerca del puente Cestiano, en las ruinas del templo.

Marcus no quiso saber más. Temía por la suerte que le esperaba a Marcia y corrió para salvarla del peligro que corría, mientras interiormente se decía:

—No puedo perderla... ¡No puedo perder a la que tanto amo!

Y mientras él corría en auxilio de la joven, Esteban seguía llorando y recriminándose a sí mismo, diciendo:

—¡No debí decirlo!... ¡No debí decirlo!

Y nuevamente hijo del dolor que había experimentado, quedó desmayado, mientras que su cuerpo seguía sangrando por las heridas que le habían hecho sus verdugos.

En el Bosque donde había dicho Esteban, a aquella hora de la noche, por diferentes lados iban llegando grupos de cristianos que iban reuniéndose unos a otros, mientras en voz baja iban cantando los salmos religiosos. Un pequeño que iba en brazos de su padre, le preguntó con ingenua infantilidad, ignorante del peligro que corrían:

—¿Por qué no cantan fuerte?

—No podemos—le respondió su padre.

—¿Por qué no?—inquirió otra vez el chiquillo, mientras su padre se

reunía a otro grupo que había aparecido.

El padre no le contestó, y al ver a Titus que llevaba el emblema de la cruz se santiguó religiosamente y siguió tras él.

Por fin llegaron al Puente Cestiano y Flavius hizo la presentación de Titus diciendo:

—Titus viene de las playas de Galilea con la bendición del Maestro.

Todos prestaron atención a las palabras de Titus, que empezó diciéndoles:

—No soy maestro... Soy uno de vosotros, el más humilde de todos y el más indigno del amor de El. Yo vi a Jesús, le oí hablar... Jesús dijo que teníamos que ser niños y querer con su amorosa sencillez.

Todos los cristianos escuchaban con fervor las palabras del Divino Maestro, y su discípulo en la tierra siguió diciéndoles:

—Si poseemos la simplicidad de un niño, dijo Jesús, aceptaremos lo que no comprendemos plenamente.

Tigelino y sus fuerzas habían llegado ya al Bosque y el jefe los iba repartiendo para copar a los cristianos, mientras les decía:

—Silencio todos... Iremos acercándonos poco a poco...

Ajenos a lo que les aguardaba,

los cristianos seguían prestando atención a las palabras de Titus, que les decía:

—El levantó la niebla oscura del rostro del Señor y el enojo divino se tornó en sublime amor de Padre... Todo lo que nos habían enseñado del Gran Espíritu se convirtió en una nueva sabiduría... La sangre de los martirizados Discípulos de Jesús está aún fresca en las piedras de Jerusalén.

Montado en su cuádriga, Marcus corría por la ciudad para dirigirse hacia el Bosque, sin que hubiera poder humano capaz de detenerlo. Nada que se hubiese opuesto a su paso lo habría detenido, pues en aquellos instantes tan solamente un pensamiento turbaba su mente y era éste el peligro que corría Marcia.

En el mismo instante, Popea salía de la casa de Gabrio y al ir a subir a su litera se detuvo en el último escalón, mientras que el dueño de la casa le decía:

—Morfeo te aceja en sus brazos.

—Gracias—respondió Popea—, pero prefiero tener sueños excitantes.

—Y yo desearía compartiros—respondió galantemente Gabrio.

Pasó rápida como un relámpago la cuádriga conducida por Marcus y sin reparar a quien podría pertenecer la litera que estaba parada a la

puerta la arrolló y destrozó con su carro.

Popea quedó admirada de aquel acto y exclamó:

—¡Detened a ese hombre que debe estar loco!

Los soldados detuvieron a Marcus y éste al ver que la litera pertenecía a la Emperatriz, exclamó:

—Salve Emperatriz... ¿Es esta tu litera?

—Lo fué—respondió Popea sonriéndole amorosamente—. Podía haber estado en ella.

—Los dioses lo prohiban—exclamó Marcus, pensando en el peligro que hubiera corrido tanto ella como él, de haber estado dentro la emperatriz—. Mañana imploraré tu perdón.

—¿Por qué no hoy?—preguntó inquisitivamente Popea.

—Porque llevo una orden urgente del Emperador—respondió Marcus, que pensaba que los minutos eran siglos en aquellos instantes.

—No importa—exclamó la Emperatriz—. Te mando yo que vengas... ¡Te lo exijo!

—Sus deseos son sagrados, divina—respondió Marcus, conteniendo disimuladamente el enojo que le producía aquella detención, y acercándose adonde estaba Popea, que más amable le dijo:

—¿Dónde has estado?... Esta noche te esperaba.

Marcus no se atrevió a responder. No pensaba en otra cosa que en el peligro que corría en aquellos instantes Marcia y todo su afán estaba cifrado en zafarse pronto de la impertinente Emperatriz para poder acudir en auxilio de la joven.

Popea, siempre insinuante, volvió a decirle:

—¿Precisa sacrificar una litera para verte?

—Mañana lo sabrás todo, divina, pero ahora debo partir.

—¿Por qué tanta prisa?—replicó Popea—. ¿Acaso un asunto amoroso?

—¡Ojalá lo fuese!—respondió Marcus, subiendo de nuevo a su cuédriga y empujando las riendas de los corceles.

Los patricios que acompañaban a Popea, las damas que habían asistido a la fiesta con que Gabrio la había recibido y los esclavos miraban extrañados a Marcus.

Mucha era la influencia que el Prefecto tenía y mucho era también su valor, pero nunca hubieran llegado a sospechar que incluso se atreviera a desoir las órdenes de Popea.

Ésta, procurando ocultar la irritación que le producía la actitud de Marcus, le dijo de nuevo:

—¿Adónde vas, Marcus?

—La Emperatriz debe comprender que siendo un mensaje del César, solamente él puede relevarme de guardar el secreto.

Y sin esperar a más, dejando a Poppea presa de una gran indignación, se alejó con su cuádriga seguido de sus soldados. Al verlos marchar, Poppea ordenó a varios esclavos:

—Seguidlo y decidme donde va.

Marcus volaba materialmente por las calles de Roma. Jamás sus ojos

expresaron tanto odio hacia Tigelino como en aquella ocasión y sus manos apretaban las riendas de los caballos con la misma fuerza con que hubiera apretado el cuello de su enemigo.

—¡Pobre de ti si a ella le ocurre algo!—se decía mentalmente, mientras se dirigía hacia el bosque. Su pecho se alzaba a impulsos de su fuerte respiración jadeante y en su rostro se advertía la fiera que aquellos instantes dominaba su alma.

LA MATANZA DE LOS CRISTIANOS

Ajenos a las declaraciones de Esteban, los cristianos seguían reunidos tranquilamente en el bosque y Titus seguía repitiéndoles las palabras del Divino Maestro, diciéndoles:

—«Viejas costumbres arraigadas en mí han desaparecido desde que oí la verdad y mi espíritu ha roto las cadenas que le aprisionaban... Todo es paz en mí. Si todo ser viviente supiese lo que yo sé, si tuviese la seguridad de que en este mensaje está en todo corazón, como Jesús amó a Dios, así amaba a sus hermanos, que son también hijos de Dios... Con comprensión, con fe... El tenía dominio sobre las cosas, incluso sobre la muerte... El demostró que la muerte era sólo un traspaso hacia el Padre, y la vida eterna... Jesús lo sabía

y lo vivió. El pasó por la tierra como un hálito de amor y nos dijo que éramos todos su sangre y su espíritu... ¡Ama al prójimo como a ti mismo!, así dijo el Maestro.»

«Este mensaje es para todos los hombres, hasta los más remotos confines de la Tierra y Dios andará entre nosotros y llevaréis a vuestros hermanos una nueva vida y ésta será libertad vasta y bella como el mismo Cielo...»

En aquel instante, por entre la espesura de los árboles empezaron a aparecer los hombres mandados por Tigelino y Flavius, al verlos, exclamó:

—¡Traición!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando cruzaron el aire va-

rias flechas tiradas por los pretorianos y varios cristianos cayeron al suelo mortalmente heridos.

La confusión que se originó inmediatamente contrastaba con los gritos de salvaje alegría de los pretorianos, que con una crueldad inhumana seguían disparando sobre aquellos inocentes. Ancianos, niños, mujeres, todos caían bajo aquella lluvia de flechas que por todas partes lanzaban los soldados. Una de ellas se clavó en el pecho de una pobre mujer que iba con dos hijos y mientras que la madre agonizaba los pequeños se abrazaban a ella asustados. Pero también uno de ellos fué víctima de la crueldad de los pretorianos y murió atravesado. El otro, que casi contaba cinco años, fué recogido por un pobre viejo y lo alejó de aquel lugar.

Otra flecha hirió a Flavius, que sin el menor quejido cayó sobre el tronco de un árbol, rezando fervorosamente el «Padre Nuestro», como implorando en aquel instante espremo la bendición de Aquel por quien moría.

Marcia a su lado luchaba por llevarse consigo, pero las fuerzas del pobre viejo eran inferiores a las de la muchacha.

Los gritos de los pretorianos y los rezos de los cristianos, llegaron hasta Marcus, que en aquel instante llegaba al bosque y lanzó toda su gente

contra los pretorianos para impedir que continuase la matanza de los cristianos.

El corazón le decía que entre ellos estaba Marcia y todo su anhelo era llegar adonde estuviese ella para librarla.

Corrió como un loco por todo el bosque, hasta que llegó donde Marcia estaba auxiliando a Flavius, que en aquel instante entregaba su alma a Dios, diciendo:

«Bienaventurados los perseguidos.»

Marcia, al ver junto a ella a Marcus se volvió a él y con los ojos anegados en lágrimas, le dijo:

—¡Se está muriendo!

Marcus no pudo menos que experimentar un sentimiento de profundo dolor hacia el cuadro que ante él se presentaba por todas partes. Mas, tomando por la vida de Marcia la cogió de una mano y le dijo:

—¡Ven!... ¡Pronto!... ¡No hay tiempo que perder!

Iba a llevarse a Marcia, cuando Tigelino, que había seguido a Marcus, llegó hasta ellos y le preguntó:

—¿No es la muchacha de la fuente?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—respondió Marcus, que estaba a punto de lanzarse contra aquel miserable, cuyos soldados aun continuaban persiguiendo a los cristianos y deteniéndolos.

—Porque supongo que ignorarás que es cristiana?—le respondió Tigelino.

—Esta mujer está bajo mi protección—exclamó Marcus.

—Pero si ella y ese viejo son cristianos... ¿por qué los protejes?... Tu interés por ellos es traición.

Marcus se acercó a Tigelino. Sus ojos despedían fuego y su mano acariciaba la daga que llevaba en el cinturón. Con los dientes apretados, albándole las palabras por entre ellos, le dijo:

—Retira lo que has dicho inmediatamente.

Tigelino comprendió que había ido demasiado lejos. Su espíritu rastreador no era el más propicio a entablar una batalla abierta y procuró su retirada diciéndole:

—Perdona, Marcus... Me ofusqué y lo siento.

Marcia, abrazada a Marcus, le imploraba misericordia para Flavius y le decía:

—¡Socótralo!... ¿Puedes hacer algo para él?

—No puedo, Marcia... Ya es tarde para salvarlo.

El anciano abrió por última vez los ojos y al verlos juntos, les dijo:

—La paz sea con vosotros, hijos míos, con los dos...

Tigelino frente a Marcus esperaba

órdenes de éste, hasta que al fin le preguntó:

—¿Cuál es la orden del Prefecto?... ¿Qué haremos con los cristianos?

Marcus no podía ponerlos en libertad, porque la ira del César caería sobre él.

Era inútil que tratara de salvarlos, pero una sola esperanza había de esperar, y era la de encerrarlos en cualquiera de las cárceles comunes y de esa forma librarlos de ser arrojados a las fieras.

Marcia miraba ansiosamente a Marcus. Sabía que de su orden dependía la vida de los suyos y Marcus acariciándole la cabeza le respondió a Tigelino:

—Atended a los heridos, como a seres humanos que son y llevad a los otros a la cárcel Marciana.

—¿Por qué no a los calabozos de circo?—preguntó Tigelino.

Marcus lo miró severamente y con la energía propia de un hombre acostumbrado a que sus órdenes no fueran discutidas, le dijo:

—Cumple mi orden.

Con gran dolor de su corazón tuvo que entregar también a Marcia a uno de sus soldados, al que sabía que le era más fiel y le dijo:

—Viturio, tú serás el encargado de llevarla a la cárcel Marciana. Esta

noche, al relevar la guardia, la llevarás a mi casa.

Viturio, que comprendía el peligro a que se exponía su jefe, le dijo:

—Es un asunto muy peligroso, señor.

—¿No lo harías por mí?—preguntó Marcus.

—Por ti daría la vida, señor—respondió el soldado.

—Pues, entonces, hazlo... La espero esta noche.

Marcus volvió a montar en su cuadriga y se fué hacia su palacio.

Al día siguiente, seguro de que la Emperatriz estaría disgustada con él, fué al Palatino para desagraciar a Popea.

Cuando le dijeron a la Emperatriz que el árbitro de la elegancia esperaba su venia para entrar, echó de la habitación a todas las esclavas para poder quedar a solas con Marcus.

Poco después entraba éste y doblaba una rodilla ante la Emperatriz, diciéndole:

—¿Me mandaste llamar, Augusta?

—Sí—respondió ella—, en perjuicio de mi vanidad te he hecho llamar por dos veces.

—Perdón, Emperatriz—exclamó Marcus, levantándose—. debí venir a pedir perdón antes, por lo de anoche.

Popea se había echado sobre un diván y dejaba al descubierto la be-

lleza de sus piernas torneadas mientras que su cuerpo adoptaba las más excitantes languideces.

Marcus admiraba aquella belleza. No podía negar que Popea era una mujer capaz de volver loco a cualquier hombre, pero en su caso era diferente. El amaba a otra belleza más tranquila, más dulce, más plácida. La belleza de Marcia era diferente a la de aquella mujer. Mientras que en ésta toda ella era impudex, en Marcia todo era recato y recogimiento.

De aquella comparación la Emperatriz salió mal parada y Marcus, a pesar de la incitación de Popea, quedó en pie ante ella, mientras que la Emperatriz le decía sonriendo:

Olvidemos lo de anoche y pensemos solamente en lo de ahora. Conozco el motivo de tu rudeza... Por fortuna ya tienes a los enemigos de Nerón encerrados.

Marcus la miró sorprendido de que ella supiese lo que había pasado y Popea, recreándose en aquella extrañeza, le preguntó:

—¿No es cierto?

—Así es divina—le respondió Marcus.

—¿Y estás seguro de que están todos?—preguntó intencionadamente ella.

Marcus sintió cierto desasosiego. Pensó en que tal vez sabría también

que Marcia estaba estordida en su casa y no se atrevió a responder, por miedo de incurrir en su enojo.

Popea, siempre burlesca, complaciéndose en el daño que hacía al que igualmente le hacía ella sufrir por celos, insistió en su pregunta concretándola más y diciéndole:

—¿También está detenida esa jovencita que blasona de inocente y puta entre la hez de Roma?

Marcus no pudo impedir un gesto de desagrado al oír hablar de aquella forma tan despectiva de Marcia y Popea le preguntó:

—¿Te enojas?

—Te equivocas, Augusta—respondió Marcus—. No me interesa seriamente.

—No seas hipócrita—le respondió la emperatriz.

Y antes de que Marcus pudiera responder, Popea siguió diciéndole:

—Toda Roma sabe que está en tu casa y se ríe de tí.

Esperó la contestación de él, mas viendo que permanecía impassible frente a ella se tendió del todo en el diván y le indicó que lo hiciera a su lado, Marcus permaneció en el mismo sitio y tuvo Popea que decirle:

—Siéntate junto a mí.

Marcus obedeció la orden y Popea olvidándose de su jerarquía cogió la cabeza de Marcus entre sus

manos y le besó apasionadamente, diciéndole:

—Te he amado, sin que jamás tú correspondieses a ese amor.

Marcus fué a responder, pero ella le tajó antes que pronunciara ninguna palabra, diciéndole:

—Ya sé que tienes aversión a la intriga... A mí tampoco me gusta... Pero yo creía que tu alejamiento era por lealtad del César... Creí que vencido ese escrúpulo vendrías a mí... Celosa y resignada he esperado en vano... Mas, ahora es distinto... Sabiendo que yo te amaba has preferido a esa vulgar cristiana.

Marcus no veía la forma de poder eludir aquella situación e invocó el nombre del César diciéndole:

—Tienes razón, soy leal al Emperador.

—Esa es una evasión—replicó incomodada Popea.

—Es la verdad—insistió Marcus, viendo en aquella su única salvación.

Popea le acarició felinamente, le obligó a reclinar la cabeza sobre su pecho para embriagarle con el perfume de su cuerpo y le preguntó amorosamente:

—¿Lograré hacerte olvidar esa lealtad?... Si no lo logro, quizá algún día te fuerce a olvidar a la otra.

Un esclafrío de terror recorrió todo el cuerpo de Marcus. Sabía que era

mala enemiga Popea y que los celos la harían inculcar en el cerebro del César alguna de aquellas horribles venganzas, que tanto satisfacían al Emperador.

Popea adivinó lo que pasaba por él y le preguntó:

—¿Le amas?

Marcus permaneció callado, sin atreverse a confirmar aquella pregunta y la Emperatriz le dijo de nuevo enérgicamente:

—¡Contéstame!

—No lo sé—respondió Marcus.

—¿No lo niegas?—exclamó irritada Popea.

—¿Te importa tanto esa leve cuestión?—preguntó Marcus.

Popea se levantó, haciendo lo propio Marcus. Una vez los dos de pie, la Emperatriz lo miró fijamente, como queriéndole hacer comprender todo el deseo que le inspiraba y le dijo:

—Si no me importase tanto, me reiría como lo hacen los demás... Marcus soberbio, prendado de una cristiana... ¿Cabe mayor insulto?

—Pero es injusto—protestó Marcus.

—¿Serías entonces capaz de amarla?—le preguntó Popea.

—¿Por qué no?—respondió con franqueza Marcus dispuesto a confesar la verdad—. No es tan imposible,

ní ridículo... Es joven, bella, virtuosa...

Popea le miraba extrañada de que fuese capaz de alabarla en presencia suya. Mas, Marcus, dejándose llevar por el impulso de su amor, siguió diciéndole:

—Estoy cansado de las patricias que desconocen la virtud...

Popea se levantó agitada y exclamó:

—¡Eso que has dicho es un insulto!

—Inevitable—confirmó Marcus.

Popea, sintió más admiración hacia Marcus. El sabía, indudablemente, que aquellas palabras podrían acarrearle la muerte. Que bastaría que ella pronunciase una palabra para que el César hiciese con él la misma justicia que con otros menos culpables había hecho. Sin embargo, Marcus, de pie ante ella no demostraba el menor temor, hasta el punto de que Popea le dijo:

—No he visto a nadie que aprecie menos la vida.

—¿Es amenaza?—preguntó Marcus.

Popea cambió en seguida su gesto severo por otro más amable y respondió:

—Jamás te amenazaré si tú no me obligas a ello... Bastante peligro hay sin mi amenaza... Tigelino sabe lo que has hecho... Los cristianos están fuera de la ley.

—En ese caso no olvidaré la ley—
respondió Marcus.

—¿Ni a mí tampoco?—preguntó
ella amorosamente.

Marcus guardó silencio y Popea,
creyéndole que le había convencido,
trató de aconsejarlo y le dijo:

—Marcus, deja a esa muchacha...
Debes olvidarla por completo...

El Prefecto para quien aquella en-
trevista se hacía cada vez más eno-
josa, intentó marcharse y le respon-
dió:

—He estado aquí demasiado...

Y sin esperar la venia de Popea,
salió de la estancia, para dirigirse a
su palacio, temiendo por la vida de
Marcia.

Mientras que él hablaba con Po-
pea, Tigelino había ido a darle cuen-
ta de la actitud de Marcus con los
cristianos a Nerón y le decía:

—Los sorprendí en el Bosque y es-
taban conspirando abiertamente con-
tra tu vida.

Marcus se opuso abiertamente a su
destrucción.

El César, que había pasado la no-
che en una orgía, a penas si podía
abrir los ojos de sueño, y Tigelino,
al ver que no le respondía nada, le
preguntó:

—¿Soy comprendido, divino Cé-
sar?

—Sí—respondió éste—. La cabeza

se me parte... El vino, la música de
anoche... ¡Qué deliciosa orgía!

Tigelino siguió su insidia. Quería a
toda costa salir de aquella entrevista
con el convencimiento de que había
conseguido enemistar al César con
Marcus y siguió diciéndole:

—Marcus no repararía en tu des-
trucción... y muerte.

El César lanzó un eructo y exclamó
estirándose como un animal.

—¿Por qué te complaces en irritar-
me, Tigelino? Marcus no puede de-
sear mi muerte. Me ha demostrado
siempre fidelidad.

—Pues yo te digo que Marcus sol-
tó a los más peligrosos.

—¡Imposible!—exclamó el César.

—Yo te digo que sí—insistió Tige-
lino—. Hasta se atrevió a burlarse
de ti.

Aquello fué lo que llegó a indignar
al César, que exclamó irritado:

—Haré un escarmiento de él... He
sido demasiado indulgente. No des-
cansaré hasta que esté muerto.

Popea, que entraba en aquel in-
stante, al ver a Tigelino sospechó que
éste habría venido a indisponer al Cé-
sar contra Marcus. El amor que ella
sentía por el Prefecto, la hizo olvi-
dar sus ofensas y al escuchar las úl-
timas palabras del Emperador sintió
miedo por lo que pudiera ocurrirle a
Marcus y preguntó amorosamente,
sentándose al lado del César.

—Muerto, ¿quién?

Tigelino sabía la pasión que la Emperatriz sentía por Marcus y al verla llegar comprendió que la presencia de Popea salvaría en aquella ocasión a Marcus. No obstante, se abstuvo de hacer ningún nuevo comentario y fué el Emperador quien le dijo a ella:

—¿Sabes lo que ha hecho Marcus?

Le refirió cuanto le había dicho Tigelino y Popea se echó a reír, haciendo que el César le preguntase:

—¿Encuentras motivo de risa en ello?

—Sí—respondió Popea—. Me parece divertido.

—¡Es traidor!—insistió el César—. Ha soltado a varios cristianos peligrosos.

—Sólo ha soltado a uno—le dijo Popea—. Una hermosa muchacha cristiana... peligrosa solamente para Marcus.

El César empezó a sentirse más confiado. Además, Marcus era una de las personas a quienes más quería, si es que en el corazón de aquel hombre tenía cabida algún sentimiento noble, y Popea, aprovechando la buena disposición en que iba colocándose el Emperador, continuó diciéndole:

—Marcus tiene una debilidad irresistible... Se llevó la muchacha a su casa como si fuera un muchacho im-

pulsivo... Roma entera se ríe, tomando la cosa a broma y tú el más poderoso ciudadano de la tierra te alarmas...

El César, para demostrar que él tampoco tenía miedo y que la hacía la misma gracia que a los demás, lo que había hecho Marcus, comenzó a reír y Tigelino, intentó de nuevo la batalla, diciéndole al Emperador:

—Tu edicto ha sido desobedecido.

—No—respondió Popea— porque la culpa no fué de él, sino de ella. A quien debes destruir es a ella, no a tu más fiel soldado... Da orden a Tigelino de que se la lleve.

Tigelino sabía que contra la astucia de aquella mujer poco podía su influencia acerca del Emperador y no se atrevió a seguir su insidia, mientras que Popea le decía:

—Hazlo, si no quieres que algún día Roma se ría de ti, como ahora lo hace de Marcus.

Nerón miró suplicante a Popea. Sentía todavía los efectos de la orgía de la noche anterior y le dijo:

—Me siento mal, Popea.

—Sí, ya sé... La orgía de anoche. Descansa.

Le hizo reclinarse sobre el diván en el que estaba sentado y Tigelino iba nuevamente a hablar cuando Popea le impuso silencio diciéndole:

—¿Cómo osas molestar a nuestro querido César?... Si lo que quieres es el arresto para la muchacha yo te firmaré la orden.

Y satisfecha de haber salvado a

Marcus del peligro que corría, al mismo tiempo que se venaba de la muchacha salió con Tigelino para entregarle la orden de detención de ella.

UNA ORGIA EN CASA DE MARCUS

Para solemnizar la estancia de Marcia en su casa, Marcus había preparado para aquella noche una fiesta. De todos es sabido lo que eran estas fiestas romanas, donde la comida aglotinaba a los comensales y la bebida les hacía perder el juicio.

Las más hermosas mujeres que había visto Marcus habían sido llevadas a su fiesta para recreo de sus comensales y al poco rato de empezar el banquete aquello se había convertido en una bacanal. Hombres y mujeres abrazados provocativamente se hallaban echados por los cojines que cubrían el pavimento de la sala. Ellas incitantes, excitadoras, provocaban con sus besos y caricias la lujuria de sus compañeros, quienes perdido el respeto

mutuo se entregaban a toda clase de libertinaje.

Repugnaba el espectáculo que ofrecía aquel banquete, donde la moralidad no aparecía por parte alguna.

Los esclavos no cesaban de llenar las copas de los patricios y de las mujeres y a medida que iban bebiendo iban exaltándose sus pasiones y el espectáculo era más soez.

Ellas medio desnudas ofrecían a los hombres los encantos de sus cuerpos, para que saciassen en ellos la sed que los devoraba y reían alocadamente, al verlos estremecerse entre sus brazos.

El único que parecía ajeno a todo aquello era Marcus. Había cambiado sus vestidos guerreros y sus armaduras, por un magnífico traje,

que modelaba la vigorosidad de sus músculos haciéndole aparecer en toda su admirable presencia masculina.

Tan abstraído estaba, pensando en Marcia, que uno de los patricios le dijo:

—¡Por los truenos de Júpiter, bebe, Marcus!

Marcus rechazó la copa que le ofrecía el patricio y respondió:

—Un asunto importante requiere mi atención... Se trata de una mujer bellísima.

—Pues tráela—le dijo riendo el patricio.

Marcus se levantó. También estaba algo turbado por los efectos del vino que había ingerido y exclamó:

—Llevas razón. ¿Por qué comer pan rancio cuando hay delicioso manjar? Voy allá.

Se levantó y se dirigió a la estancia donde estaba Marcia, quien al verlo no pudo ocultar la alegría que le causaba su presencia y le dijo:

—No comprendía ya tu tardanza.

—Fui llamado a palacio... Además este banqueto?... ¿Me amas Marcia?

La joven no quiso responder a la pregunta directamente y se excusó diciéndole:

—Ya te dije que mi vida valía más para mí desde que te conocí.

El la estrechó en sus brazos y respondió:

—No lo he olvidado.

—Ha sido algo que no comprendo—respondió inocentemente la muchacha—. Pero de golpe todo ha cambiado para mí y quiero vivir.

—Vivirás, Marcia—exclamó con vehemencia Marcus.

—¿Cómo vivir ahora, si ya ha sido descubierta mi fe?

—Vivirás, ya veremos cómo, pero vivirás... Tú eres mía y te quiero aquí.

—¿Pero cómo podré vivir y ser feliz si sé que los otros mueren?—exclamó con dolor la joven—. Ayúdala.

—Imposible, Marcia—respondió Marcus—. Tendrás que olvidarlos.

—No puedo, no podré, no sería nunca feliz.

—¿Y qué nos importan a nosotros los demás?—respondió Marcus—. Pensemos en nosotros nada más.

La joven levantó la vista hacia Marcus y le dijo suplicante:

—Soy uno de ellos, Marcus...

El la retuvo ansiosamente en sus brazos. Sentía cerca de su cuerpo el calor del de su amada y dejándose vencer por la tentación le dijo:

—Para ti comienza una nueva vida... Desde esta noche serás otra entre los míos.

Intentó besarla, pero Marcia advirtió en los ojos de su amado tal deseo innohle tanta ansia de posesión, se desprendió de él y le dijo dolorosamente:

—Esperaba algo mejor para los dos, Marcus.

—¿Mejor?—preguntó él sin comprender la sublimidad de su pensamiento.

—Sí, Marcus. Yo no me creí que tú me querías para tenerme aquí y hacer de mí una de tus esclavas...

Pero Marcia, a quien su educación no le permitía conocer aquella nobleza del alma de Marcia, sólo supo decirle:

—¡Te quiero aquí conmigo, Marcia!... Aquí tendrás de todo... Olvidarás tu pobreza...

Pero para un alma tan ajena a la ambición como la de Marcia, para un espíritu que sólo tenía por deseo el sacrificio y el amor al prójimo, no podían tentas aquellas ofertas y replicó:

—Prefiero volver con ellos.

—No—exclamó desesperado Marcus—. Te quedarás aquí. Te salvé para mí, no para los leones...

—No puedo Marcus—respondió la muchacha—. No puede ser lo que quieres.

Marcus la vió diferente a como hasta entonces la había visto. No era aquella misma Marcia de siempre.

En aquella ocasión se le mostraba reacia, sus palabras eran de reproche y Marcus le dijo:

—¿Qué es lo que te ha cambiado?... ¿Ha sido tu fe?

La muchacha bajó la vista al suelo sin responder y Marcus, cada vez más agitado le dijo de nuevo:

—Si es el cristianismo el que te ha cambiado, lo maldigo.

—¡Calla!—le dijo ella, tapándole la boca asustada de aquella blasfemia.

En aquel instante varios patricios, que se dieron cuenta de la ausencia de Marcus, entraron a buscarlo diciéndole:

—¿Dónde está ese delicioso manjar?

Otro de los patricios se acercó a Marcus y le dijo, al verlo con una mujer:

—Cuidado, Marcus... Ya sabes que Ancaria es vengativa.

Ancaria era la favorita que hasta entonces tenía Marcus. Mujer de una belleza provocativa, hacía alarde de ella, lo mismo que de la perversión de sus sentimientos. En su rostro se reflejaba la lujuria mal contenida de su cuerpo y era como una serpiente que se enroscaba en el cuerpo de los hombres hasta aniquilarlos con el áspid de su amor.

Gabrio que había entrado tam-

bién, protestó de la ausencia de Marcus, diciéndole:

—Si el anfitrión abandona a los invitados, éstos tienen que buscarlo.

—¡Cuidado, Marcus!—le dijo otro patricio, viendo entrar a Ancaria.

Entre todos se llevaron al salón a Marcus y a Marcia y Ancaria al verlo llegar se acercó a él y le dijo amorosamente:

—Marcus, sin ti la fiesta no tiene sabor... Tú y yo malgastamos esta noche el tiempo.

Entonces vió a Marcia y los celos que sintió hacia ella hizo que llamara la atención de las demás mujeres, para avengonzarla y que dijera:

—¡Por las formas de Venus, mirad lo que hay aquí!

Marcus se hallaba como fuera del mundo. Ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba pasando, mientras que Marcia con la vista en el suelo, sentía en su rostro todo el rubor que le producía aquella bacanal que presenciaba. Colocada en el centro del salón, parecía una dolorosa, sintiendo que todas las miradas de los comensales se posaban en ella.

Ancaria siguiendo su burla, que producía grandes carcajadas en todos los presentes le dijo a Marcus:

—Preséntanosla, Marcus... Somos acaso indignos de ella?

—Tienes razón—exclamó Marcus.

—Quizá os convendrá conoceros.

—Marcia, esta es Ancaria, la mujer más perversa de Roma y de más talento.

Marcia miró ansiosamente a Marcus. En sus ojos se advertía la súplica para que la sacase de aquel antro perverso, pero Marcus sin poder comprenderla, quiso fascinarla con el espectáculo y le dijo:

—Mira a todos mis amigos y comprenderás lo satisfechos que están de esta vida.

Algunos patricios intentaron acercarse a Marcia, pero Ancaria los detuvo diciéndoles:

—Dejadla en el centro, así admiraremos este modelo de pureza.

—No es ninguna adolescente—protestó un patricio—. Debe compartir con nosotros nuestro pan y nuestro vino.

Ancaria, volvió nuevamente al lado de Marcus y le dijo intencionalmente:

—¿La crees más deliciosa que yo, Marcus?... Fíjate que la virtud la hiela... ¿No podrías dar calor a su vida con tus palabras?

—Lo intenté en vano—suspiró con tristeza Marcus—. ¿Quizá con una de tus canciones?

—Si la canción de Ancaria no lo logra—intervino Gabrio que estaba

movieron dulcemente para repetir las palabras de los que iban condenados a muerte.

Ancaria ante la pasividad de aquella mujer, de aquel ser a quien no había manera de excitar se volvió a Marcus y le dijo:

—¿Ese canto, qué es?

—Son los cristianos que van a los calabozos del circo—respondió uno de los patricios.

Marcia seguía como si viviera en un mundo exterior. Diríase que solamente estaba allí su cuerpo, pero su alma y todos sus pensamientos habían volado fuera, hacia los que iban a ser martirizados por predicar la verdad. Marcus adivinó lo que pasaba por el alma de Marcia y le gritó a Ancaria:

—Ahoga sus voces con tu canto... ¡Sigue bailando! Una canción de amor vale más que un canto fúnebre.

Ancaria intentó cantar de nuevo, pero a la mitad de su canción le dijo a Marcus desesperada:

—¡Hazlos callar!...

Aquel canto religioso en el que se mezclaban infinidad de voces, no solamente había impresionado a Ancaria, sino que hasta los demás comensales sintieron el escalofrío de la muerte. De sobras sabían ellos lo que significaba aquello... Eran unos desgraciados seres que al día si-

guien sufrirían los más atroces tormentos... Para aquellos seres acostumbrados a la vida fácil, sin más preocupaciones que la de adular al César y entregarse a todas las orgías, la muerte era el mayor suplicio. Amaban la vida y todo cuanto contenía de hermoso y no podían comprender cómo aquellos millares de seres iban tan resignados a una muerte segura.

La impresión causada en todos acalló los gritos de los comensales y Marcus desesperado, gritó enfurecido:

—¡Fuera todos!... ¡Salid inmediatamente!

La orden del Prefecto fué cumplida inmediatamente y segundos después cuando aun seguían los cantos de los cristianos que paseaban, Marcia y Marcus se encontraron solos en la sala donde hasta aquel momento había sido lugar de una depravación sólo concebible en aquellos seres paganos.

Marcus se acercó a Marcia y queriendo imponerse a sí mismo le dijo:

—El canto de los cristianos impresionó a Ancaria, pero no a mí.

Marcia dulcemente, sin que en sus palabras se advirtiera el menor reproche suplicó:

—Mándame con ellos.

Marcus reaccionó. Volvió a ser

otra vez el mismo de siempre con Marcia. Experimentó el temor de perder a aquella criatura a quien amaba locamente y le dijo:

—Aun no... Quiero que vivas como debes vivir.

—Oyeme, Marcus—insistió la muchacha—. Yo no quiero vivir así... Yo quiero morir con ellos.

Marcus la miró extrañado y le preguntó:

—¿Prefieres morir por una creencia vaga a vivir feliz conmigo?

—No es vaga—protestó la joven convencida—. El ha cambiado a los hombres con ella.

—Es una ilusión—siguió diciéndole Marcus amorosamente—. Roma y la Humanidad seguirán así eternamente... Tu cristianismo perecerá antes de un año. ¡Odio tu religión!

—¿Por qué?—le preguntó con dulzura la muchacha—. ¿Qué te hizo?

—Ella te mata—exclamó exaltado Marcus—. Te impide amarme.

—Como tú ves el amor, sí—respondió la muchacha—, pero no como yo le veo.

Marcus la abrazó otra vez, la estrechó contra su cuerpo, como si la quisiera defender de un enemigo invisible y profundamente emocionado por la sinceridad de aquel amor que había vuelto a renacer en su corazón, le dijo:

—No quiero que mueras, Marcia... Quiero que seas toda mía...

—¡Déjame ir!—suplicó otra vez.

—No te dejaré, porque te amo. Eres mi vida entera y no voy a perderla tan simplemente. Haré cuanto quieras menos dejarte... ¡Dime que me amas!

Marcia no hizo ningún esfuerzo por separarse del abrazo en que la tenía Marcus. Comprendía que en aquellos instantes Marcus era sincero. Entonces su amor era puro y noble. Esa el amor que El predicó siempre y se sintió conmovida por las frases amorosas de Marcus.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció en el dintel Tigelino. Marcus al verlo se desprendió de Marcia y se adelantó hacia él, preguntándole:

—¿Qué quieres?

Tigelino señaló a Marcia y le respondió:

—Esta muchacha es cristiana.

—Ese es asunto mío... ¡Vete!—le dijo enérgicamente Marcus.

Pero Tigelino le mostró la orden que llevaba con el sello imperial y siguió diciéndole:

—Irás a los calabozos del circo para morir mañana con los otros.

Marcus levantó la mano para castigar a Tigelino, pero Marcia se interpuso, previendo el peligro de Marcus y Tigelino exclamó:

—Es lástima que ella te haya detenido... Si hubieses ofrecido resistencia te hubiese costado la vida.

La misma Marcia se entregó a los soldados y salió de la casa de Marcus para ser conducida a las mazmorras del circo y esperar allí tranquilamente, con el alma puesta en Dios, el momento de su muerte.

Marcus quedó como anonadado cuando la vió salir. Quedó en un estado de inconsciencia que a penas se daba cuenta de la realidad. De espaldas a la enorme puerta de su morada, permaneció durante unos segundos, sin ver nada, sin pensar en nada, en una palabra, sin vivir.

Cuando volvió otra vez en sí clavó la vista en el suelo y sintió su corazón sobrecogido. La luz al reflejarse en los brillantes clavos con que estaban adornadas las puertas, formaba en el suelo una enorme cruz y el Prefecto sintió que la sangre se helaba en las venas y no pudo menos que pensar si sería verdad todo aquello que decían los cristianos.

Al día siguiente Marcus seguro de que a Marcia le esperaba la muerte quiso jugarse la última esperanza y fué al Palatino para pedir clemencia al César.

Este estaba reunido con varios patricios y con Popea cuando Marcus le habló de Marcia, diciéndole al fin:

—Divino César, te juro por los dioses que ella no amenaza tu vida sagrada... Te pido su vida.

Popea miró al Prefecto y sintió en su pecho el dardo de los celos. Pensó que sin aquella mujer tal vez hubiera conseguido el amor de Marcus, y exclamó intencionadamente:

—¿Será el amor que hace a Marcus tan blanda con los cristianos?

Marcus no quiso ocultar más tiempo el amor que sentía por ella. Le era ya indiferente lo que Popea pudiera hacer, puesto que mayor venganza que la que había tomado era ya imposible y por lo mismo respondió:

—Sí, la amo... Solamente con su vida seré feliz.

El César se sintió magnánimo y no dándole importancia a la vida de un ser más o menos respondió encogiéndose de hombros y dando una esperanza a Marcus:

—Si la vida de esa cristiana te hace feliz...

Pero Popea intervino antes que pudiera dar la palabra de perdón y le dijo:

—¿Así es la justicia de Nerón en el mundo romano?... Si el César es justiciero no debe perdonar la vida de un solo cristiano.

El César miró atentamente a Popea. Lo que más le molestaba era que pudiesen dudar de que él haría

justicia y Marcus, que adivinó este pensamiento, consideró otra vez perdida a Marcia. El que jamás hubiera suplicado una gracia para sí mismo de aquella mujer, la suplicó para la muchacha, diciéndole:

—Te suplico que seas clemente, Augusta.

Nerón influenciado por el consejo de la Emperatriz cambió rápidamente de parecer, cosa muy corriente en aquel hombre de tan poca voluntad y que se dejaba llevar tan fácilmente por cuantos le rodeaban, y le dijo:

—Popea tiene razón... Es imposible.

—¿Imposible para mí, divino César? — preguntó Marcus, fingiendo una extrañeza—. Lo pide el súbdito más leal del César.

Y volviéndose a Popea le echó en cara su infidelidad conyugal, diciéndole:

—Nadie sabe mejor que tú, Augusta, que he sido fiel al Emperador.

Y nuevamente suplicó al Emperador, exclamando:

—Quien ha arriesgado tantas veces la vida por ti tiene derecho a implorar con todo su corazón la vida de esa muchacha... ¡Sálvala, César y dispón de mi vida para siempre!

Peró el César tenía miedo de que tan demás naciones se rieran de su debilidad. El señor del mundo no podía consentir que alguien creyese que

las súplicas de un enamorado habían enternecido su corazón y ante aquella posibilidad le respondió:

—No, Marcus, los bárbaros no se reirán de la justicia de Roma.

—Lo que yo pido es justicia, precisamente — insistió Marcus —. Sé magnánimo.

El César, sin darle importancia al asunto, seguía moviendo negativamente la cabeza y Marcus, perdida ya toda esperanza, sin darse cuenta de lo que hacía, exclamó desesperado:

—¡Exijo su vida!

El César lo miró asombrado de aquel gesto de arrogancia ante él y Popea, temiendo por la vida de Marcus se apresuró a intervenir para calmar la cólera del Emperador, y le dijo sonriendo:

—Es el amor, divino Augusto.

—Perdóname, César — se excusó Marcus—pero ten compasión de esa muchacha.

—El César es compasión, pero también es justicia—respondió inmovible Nerón—. Tengo que ser justiciero... Si no fuese cristiano... Si renunciase públicamente a su fe...

—¡Ni aun así!—replicó Popea, temiendo que aquella mujer, por miedo a la muerte y por amor a Marcus, pudiese hacer renuncia de su fe, públicamente.

En aquella ocasión Nerón no es-

tuvo conforme con Popa. El quería encontrar la forma de acceder a la petición de Marcus. Si Popa no hubiera estado con él desde el primer instante habría accedido a la petición del Prefecto, pero la intervención de Popa fué lo que perdió a Marcia. Por lo mismo, ante la negativa de Popa, para que de ningún modo la perdonara el Emperador, respondió:

—Si renuncia públicamente, el César puede ser clemente.

—La clemencia no exige condiciones—le dijo Marcus, plenamente convencido de que Marcia no renunciaría públicamente a su fe.

Nerón se levantó para dirigirse al circo y al ver que insistía Marcus le dijo hastiado:

—Sé considerado, Marcus... ¿Quieres que llegue tarde a los juegos?

La suerte de Marcia había quedado echada. La infeliz cristiana moriría aquel mismo día destrozada por

las garras de las fieras y su cuerpo, aquel cuerpo adorable, cúmulo de perfeccionamiento y de virtud, serviría de festín a los animales. Marcus la vió en su pensamiento ensangrentada, destrozada entre las bocas de los leones. Vió aquella boca de ciclo, en la que él no había podido saciar su amor, ensuciada por las babas de las fieras y todo su cuerpo se estremeció de dolor para con ella y de odio para los que la llevaban a aquel martirio.

Popa esperó la última en salir y se acercó a Marcus, para demostrarle su triunfo. Este, sin poderse contener, quiso demostrarle su desprecio y le dijo:

—¡Hetera!

Ella sonrió y explicó con dos palabras todo el odio que sentía hacia la cristiana, diciéndole:

—¡Te amo!

Y echó a andar para reunirse a la comitiva del César y llegar a tiempo al circo.

EL CIRCO ROMANO

Hacia muchos días que venían celebrándose festejos en los que morían centenares de seres. Ya el pueblo iba sintiéndose hastiado de tanta sangre y empezaba a faltar a estas diversiones públicas y por lo mismo Tigelino había organizado el último que debería ser superior a cuantos hasta entonces se habían celebrado. El número de cristianos apresados era imponente y todos ellos serían sacrificados en aquella misma tarde. Además, las mejores escuelas de gladiadores presentarían los mejores, los más forzados y los más ágiles. Luego había anunciado otros juegos, tales como «antorcha viviente», luchadores de puños, dencellas y pigmeos, etc.

En una palabra, Tigelino había conseguido despertar nuevamente la

expectación del pueblo y confeccionar un programa que había colocado en la parte exterior del circo y que decía:

EN EL ULTIMO DIA DE MAYO
LUCIO DOMICIO NERON

ofrecerá al pueblo

30 PAREJAS DE GLADIADORES
DE LA ESCUELA TRACIANA

contra

30 PAREJAS DE LA ESCUELA DE
MURRENOS

30 MUJERES BARBARAS DEL
NORTE CONTRA PIGMEOS
AFRICANOS

FIERAS SALVAJES Y OTROS
ESPECTACULOS
EJECUCION DE 500 CRISTIANOS

—
SALVE CESAR

Mucho antes del momento de empezar los juegos ya el circo presentaba un aspecto imponente. Podía decirse que eran muy pocos los ciudadanos de Roma que no habían acudido y los comentarios entre el pueblo se basaba en la hipótesis de si dejarían a los cristianos defenderse, o si los entregarían a las fieras amarrados. Ellos preferían que estuviesen sueltos, para verlos correr por el circo con un miembro menos, con el vientre abierto por alguna zarpada, o manando sangre por varias partes del cuerpo.

Mientras que el circo se iba llenando de espectadores, en los calabozos los cristianos arrodillados oían las santas palabras del Divino Maestro repetidas por Titus, que les decía:

«Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el Reino de los Cielos...»

«Pronto nos presentaremos ante la Justicia Divina, quien juzgará nuestros pecados.»

Otros muchos arrojados en el suelo sufrían los efectos de la terrible enfermedad engendrada en aquellas mazmorras y uno de ellos era Esteban.

Marcia con una entereza admirable, una entereza sublime, acudía en ayuda de cuantos pedían sus auxi-

lios, prodigándoles sus tiernos cuidados.

Entre los que estaban prisioneros había varios niños, inocentes criaturitas que por el solo hecho de ser hijos de cristianos sufrían el mismo castigo que sus padres.

Los rugidos de las fieras llegaban hasta ellos, indicándoles la proximidad de su muerte, mientras ellos seguían sus plegarias imbuídos por aquella fe inflexible que los hacía ir a la muerte con la convicción plena de que así conseguían el bien eterno.

El César y su corte habían llegado al circo y el Emperador y Popsa se sentaron en el palco real. Sonaron los clarines y poco después sesenta gladiadores aparecieron en la arena, formando parejas de a dos.

Cada uno de los que formaban parejas pertenecían a diferentes escuela y tenían que luchar entre sí. Mutuamente unos a otros se inspeccionaban sus músculos, como comparando sus fuerzas.

En fila llegaron hasta el palco donde estaba el César y a un solo tiempo levantaron un brazo, exclamando:

—¡Salvo, César!... ¡Los que van a morir te saludan!

Inmediatamente empezaron las apuestas de los patricios y del pueblo sobre la posible victoria de tal o cual gladiador.

Hecho el saludo por los gladiado-

res comenzó la lucha entre ellos. Iban provistos de lanzas y de cuchillos unos mientras que otros se defendían con los largos trinqueos, o sea con una especie de lanza en forma de tenedor cuyas puntas afiladas se introducían en el cuerpo del adversario destrozándolo.

Para protegerse llevaban coraza y una red que lanzaban sobre el contrario para imposibilitarlo de hacer el menor movimiento.

Poco después la arena del circo estaba teñida de sangre y por el suelo había varios gladiadores muertos, otros estaban agonizando y otros seguían luchando desesperadamente, mientras sus cuerpos sangraban por varias partes. Era un espectáculo digno de un pueblo como aquel, un espectáculo horroroso e imponente. Faltaban ya pocos gladiadores para terminar la lucha, cuando uno de ellos, que estaba junto al palco del César, envolvió con su red el cuerpo sangriento de su adversario.

Cayó el otro al suelo y el gladiador pidió gracia para el vencido al César. El Emperador miró al pueblo para ver lo que deseaba y todos a una pidieron la muerte, indicándolo con el dedo pulgar hacia abajo. En vista de aquella decisión, el César hizo la señal con su dedo y la daga del gladiador dió fin de la vida del otro.

Terminó este espectáculo y mien-

tras preparaban el otro, varios hombres fueron arrojando sobre una especie de tarima, de la que tiraban seis o siete hombres, los cuerpos de los gladiadores muertos.

Terminado de recoger los cadáveres y los gladiadores moribundos los cuales habían de servir para ser arrojados a las fieras, hicieron su aparición las muchachas bárbaras. Eran éstas todas vírgenes, porque así lo exigía el espectáculo y venían provistas de dagas, mientras que los pigmeos africanos iban con unas grandes antorchas encendidas para prender fuego a las ropas de las muchachas y que murieran abrasadas.

Este espectáculo gustaba mucho al pueblo y los gritos de las muchachas y de los pigmeos motivos de gran alborozo por parte de los espectadores.

Más de uno de ellos quedó clavado por el vientre por la daga de una muchacha y más de una de ellas también murió achicharrada, sufriendo los más terribles dolores.

Mientras que se celebraban estos juegos Tigelino se acercó a Popea y le dijo en voz baja:

—Ella saldrá sola, Augusta... Te recrearás en su muerte.

Popea sonrió satisfecha y siguió prestando interés a los juegos que se desarrollaban en el circo.

Ya habían empezado otros nuevos que eran los golpeadores. Esto consistía en dos gladiadores elegidos de

los más fuertes y los cuales llevaban colocados en los puños unos aparatos de hierro con grandes púas, con los cuales golpeaban el rostro del otro. Estos juegos eran los que menos gustaban al pueblo, pues hasta que moría alguno de los dos se tardaba mucho y a veces solamente conseguían ver como se saltaban los ojos de alguno de los contendientes y el contrario, sin gran esfuerzo, lo terminaba de matar.

Así es que este espectáculo duró poco y el público se preparó para presenciar lo más sensacional que era la aparición de los cristianos para ser devorados por las fieras.

En los calabozos ninguno de los infelices que iban a ser destinados a festín de los animales sentía miedo. A todos los sostenía la misma fe y los rezos eran generales.

Estaban abrazado a Marcia, lloraba, pidiéndole morir al lado de ella, mientras que la joven, con una serenidad impresionante, procuraba fortificar su alma con palabras de consuelo y de bondad.

Entraron los soldados y a latigazos, como si fueran bestias, les gritaron echándolos hacia la puerta por donde debían salir al circo.

—¡Ahora vosotros!

Los cristianos empezaron a subir lentamente los escalones que los separaban del circo, pero antes los soldados preguntaron:

—¿Quién de vosotros se llama Marcia?

—Soy yo—respondió la joven.

—Pues tú entrarás sola.

—Quiero estar con ellos—suplicó la muchacha.

—No puede ser—respondió el soldado— La emperatriz lo manda.

Estaban seguía abrazado a su hermana hasta que un soldado lo separó violentamente y azotándolo con su látigo le llevó a donde estaban los otros.

El anciano que había recogido al niño en el bosque cuando mataron a su madre, al momento de ver el circo, comprendió que aquel espectáculo no debía verlo los ojos inocentes de la criaturita y para evitarlo cubrió con su manto la cabeza del niño y avanzó con las débiles fuerzas que le quedaban, llevándolo en sus brazos.

Al aparecer los cristianos en el circo el cántico religioso que cantaban excitó más aún al pueblo, decepcionado al ver que se entregaban a las fieras sin oponer la menor resistencia y que eran devorados sin dar ninguno de aquellos espectáculos horripilantes que los distrajesen.

Marcia había quedado sola en el calabozo esperando el momento de que la condujesen también al circo. Hincada de rodillas elevaba una plegaria al Todopoderoso y decía:

—¡Oh, Cristo amado!... ¿Por

qué?... ¿Por qué no puedo morir con ellos?

Sigilosamente se abrió la puerta del calabozo y apareció Marcus. En su rostro se adivinaba el sufrimiento de su alma y sus ojos quedaron durante un buen rato contemplando la figura de la mujer amada. Por fin se acercó a ella y preso de una emoción jamás experimentada le dijo:

—Marcia... ¡Tú no puedes morir!... ¡Te traigo la libertad! He doblegado mi orgullo y he implorado a Nerón de rodillas por ti... Renuncia a tu fe y te salvarás.

Ella le miró agradecida y por sus ojos resbaló una lágrima de amor, al ver el de Marcus que continuó diciéndole:

—Marcia, ¿me oyes?

Ella le acarició la cabeza y mirándolo fijamente le dijo:

—¡Pobre Marcus!... ¡Tus ojos deistan tu dolor!

—¡Marcia!—exclamó él—tu Dios es como mil otros, una fantasía... Renuncia a El. Si no quieres vivir para ti, vive para mí.

—No hables así, Marcus—le dijo ella—. Contén el deseo de tu cuerpo.

Marcus se avergonzó de sí mismo y exclamó:

—Perdóname, Marcia, no sé lo que digo. Yo sólo sé que te amo más que mi misma vida... Anoche rogué, Marcia, como tú lo haces... Le pedí a tu Dios que te salvara, pero no

quiso oírme porque El no está en mi corazón... Lo comprendí y te rogué a ti, a ti, para quien eres otro dios. Oh Marcia, renuncia a tu fe sé mi esposa...

—¿Tu esposa?

—Sí, Marcia—respondió Marcus.

Aquel era el mayor consuelo, la mayor alegría que podía experimentar Marcia en el momento de su muerte. Sentirse amada por un amor puro como el de Marcus era su mayor orgullo, su más intenso bienestar y sin querer ocultarle el que por él sentía le dijo, mientras Marcus lloraba arrodillado a sus pies:

—¡Te amo, Marcus!... ¡Tú sabes cuánto te amo, pero no puedo renunciar!

—Renuncia a tu Dios aunque sólo sea de nombre. Tú serás mi esposa y yo te juro que le respetaré y le amaré.

—No puede ser, Marcus. Me basta con saber que me amas para morir feliz, pero El es más fuerte que nuestro amor... ¡Si hubieras visto a Esteban...

—Lo vi—respondió Marcus—. Es algo horrible, espantoso... Pero ¿por qué tienes tú que ir?

—Porque se lo prometí... Tengo que seguirlos.

—¡Vive, Marcia!—suplicó Marcus—. Si tú mueres yo no quiero vivir.

—Tú debes vivir para que algún

—¿Por qué no? Siempre estaremos juntos, hasta para morir. ¿Me amas?

—Sin ti nunca lo sabré. Tú podrías enseñármelo.

Entró un soldado y le dijo:

—Señor, ha llegado la hora.

Era el momento en que tenía que salir Marcia al circo y Marcus desesperado corrió al lado de Marcia que había empezado a subir los escalones y le dijo:

—Yo no creo en ese Cristo de que hablas, pero creo en ti, en tus palabras...

—Están esperando, señor—gritó el soldado.

Marcus abrazó por última vez a Marcia y al sentir su cuerpo débil, adorable, junto al suyo, le preguntó:

—Marcia... ¿Es verdad que más allá hay la felicidad?

—La felicidad eterna... Allí me aguardan mis padres, mi hermano... Volveré a estar junto a ellos.

—¿Y esa felicidad estará también para mí?

—Para todo el que crea en El—respondió dulcemente Marcia.

—Yo también creo lo que me dices—exclamó Marcus, ante el asombro de Marcia—. Viviremos siempre juntos, allí, con ese Cristo?

—Sí—respondió Marcia.

—Pues iré contigo.

—No—respondió alarmada Marcia—. No es justo.

—¿Por qué no? Siempre estaremos juntos, hasta para morir. ¿Me amas?

—Sí, Marcus—respondió ella, dejándose reclinar sobre el pecho del Prefecto—. Te amo más que a nadie, después de a El.

Marcus la cogió entre sus brazos y tiernamente unidos empezaron a subir las escaleras que los conducía al circo donde estaban los leones.

—Yo no sé el himno que cantáis.

—No importa—respondió amorosamente ella—. Cuando llegue el momento mira al Cielo y El te comprenderá.

—No podré—respondió Marcus—. Yo te miraré a ti, como si fueres mi esposa...

Y segundos después el Prefecto de Roma y Marcia aparecieron en el circo donde las fieras esperaban nuevas víctimas.

Y mientras que el pueblo de Roma quedaba asombrado ante la aparición del Prefecto, hasta ellos pereció llegar la bendición divina, y en el firmamento resonó una plegaria, la última de Marcia que pedía por el alma de su amado.

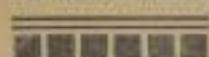
FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MRS HENRY

PORTADA A TODO COLOR

LA MRS SECRETA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA



MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Edm Jennings	VICTORIA Y SU HUSBAND	I. Petrovich
EL LOCO CANTOR	Chevalier	EL CONGRESO SU DIVINIDAD	Lillian Harvey
LOS PECADORES DE LOS PADRES	Maria Corda	RECORDAMIENTO	F. Holtz
EL DRAPEL DEL AMOR	Gloria Swanson	¡QUE PAGUE EL DIABLO!	Ronald Colman
EL AMOR Y EL DIABLO	L. La Plaque	EL IDOLO	John Barrymore
LA INTREPIDA	F. Bertini	BAJO PALMA BANDERA	Richard Dix
LA MARSHALLESA	Mary Douglas	MANCHURIA	Fredrich March
(ME PERTENECES)	E. Vilches	EL HOMBRE Y EL MONSTRUO	Milly Hickey
LA FIERROVILLA DOMADA	Roberto Rey	DEMAS DEL PRESIDIO	Charlot Hiza
UN HOMBRE DE NOMBRE	N. Talmadge	ESPERANZA	C. Gardel
CASCABAYAN	Willy Fritsch	AMANK EN LA NOCHE	M. Chevalier
NOCHES DE NEW-YORK	Al Jolson	UN "AS" EN LAS NUBES	Gillie Dove
LA MUJER EN LA LUNA	Beulah Hahn	LA COMEDIA DE LA VIDA	Florella
EL ESPERAN PERDIDO	Conway Tearle	UNA NOCHE HISTORIAL	John Bates
LAS LUCES DE LA CIUDAD	Charlie Chaplin	POR LA LIBERTAD	Lola Trenker
SU NOCHE DE BOMAS	I. Argentina	EL MAHITO DE MI NOVIA	Mark Glye
DON JUAN DIPLOMATICO	C. Montalban	FRONTINO	Adolphe Menjou
EL EMBAJO DE SEVILLA	Ladino de Quersa	BOCAMBOLE	Rolla Norman
LA ULTIMA ORDEN	Edm Jennings	14 DE JULIO	Rene Clair
NAUFRAGOS DEL AMOR	J. Mac Donald	REDIMIDA	Fredrich March
EL CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey	EL MILARDO DE LA PM	Robert Gosport
EL COMEDIANTE	H. Vilches	LA VENTURA RUBIA	M. Dietrich
LUCES (O MUCHOS AEROS)	Carlos Gardel	RABUTIN	Conrad Veidt
EL TERCER SUICIDIO	Chevalier	LA AMANTE INDOMITA	Eda Daniels
EL SECRETARIO DE MADAME	Willy Forest	MIRIAM	I. Santoro-Aross
LA BELLEZANA	Jose Noguer	BUENO DONADO	Lillian Harvey
ENTRE NOCHES Y DIA	Edm D'Alay	CORRESPONDAL DE GUERRA	Jack Heli
LOS QUE BARKAN	A. Mason	UNA MUJER PERSEGUIDA	Clara Gibson
AL ESTE DEL HORNO	C. Blackford	UNA MUJER CAPRICHOZA	C. Colbert
M. (El Vampire de Dusseldorf)	F. Lorré	LARIOS SELLADOS	Clara Bow
LA DAMA ATREVIDA	H. Pereda	DELINCUENTES	Boris Karloff
PATALIADA	M. Dietrich	CRUEL DESENGAÑO	B. Mikuszek
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey	INHERENTA	Gloria Swanson
SVENGLI	J. Barrymore	EL DOCTOR ARROWSMITH	Ronald Colman
CARNE DE CARABIT	Lucita Tovar	DIPLOMATICO DE MUJERES	Marta Rengerli
EL DOCTOR FRANKENSTEIN	B. Karloff	LA ULTIMA ATRACCION	John Barrymore
PAGADA	Jose Grewing	LA HIJA DEL DIABLO	Ann May Wong
CAPOLUCISMO	G. Frensch	¡QUE VALE EL DINERO!	G. Bancroft
KIMMET	Lorita Young	VIAGE DE NOVIOS	Beulah Hahn
CIMARRON	Richard Dix	PARTO DE TIBBERNES	Edward Robinson
EL TERCER DEL AMOR	G. Frensch	EL ROBINSON MODERNO	D. Fairbanks
DIRIGIBLES	Jack Heli	SOLTERO INOCENTE	M. Chevalier
LA DAMA DE UNA NOCHE	F. Bertini	I. P. S. NO CONTESTA	Charles Boyer
NACIDA PARA AMAR	C. Demart	MILONIA DE ARRABAL	Argentina Gerold
AVENTURAS DE TOM SAWYER	Leola Cogan	EL HUNO DE LA CRUZ	Maria E. Landi
MARIUS	Solma	TODO POR EL AMOR	J. Kloppe
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	Nancy Carroll	DANTON	J. Grotilla
EL ANGEL DE LA NOCHE	H. Tschirvosec	BETULIA DE VALENCIA	Reigter Helm
UNA CANCION, UN BEBO, UNA MILER	G. Frensch	CARADA POR AMAR	Clark Gable
UNA HORA CORTEJO	M. Chevalier	KING-KONG	Duy Way
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	Lillian Harvey	YO Y LA ENFERMERA	Lillian Harvey
BONNY	Kathie de Nagy	MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sydney
ATLANTIDA	Beulah Hahn	EL BEBO ANTE EL BEBKO	Nancy Carroll
EL HIRAPINO DE SHANGHAI	M. Dietrich	VAMPIERES INN	Warren William
COCCAFIL DE CELOS	C. Beuret	S. O. S. TIBBERNES	Bob Lorraine
UN CHICO INCAUTADOR	Henry Garat	AMORIS (Loblay)	Marga Schneider
LA REINA DRAGA	Pala Negri	MATER DOLOROSA	Lina Naro

EDITORIAL "ALFA" Apartado de Correos 707
Valencia, 254 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones con platas, previo envío del importe en sellos de correo Remítan cinco céntimos para el certificado. Francoes gratis.

CANCIONERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan

32 Páginas de texto: **30** cts.

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gardel	El Cante Jondo	Ovidio Rodríguez
José Mojica	Carlos Gardel	Josefina Baker
Roberto Roy	(Nuestro lenguaje)	Juan B. Giliberti
Bianca Negri-Alady	Dolly Hass	Conchita Fiquer
Enriqueta Serrano	Lupe Rivas Cacho	Gaynor-Farrell
Felisa Galé	Mercedes Serós	Olimpia de Córdoba
Orquestina Planas	Custodia Romero	Goyita Herrero
L. Harvey-H. Garat	Emilio Sugi-Barbu	Raquel Meller
Maurice Chevalier	Marcos Redondo	Elvira de Amaya
Ramper	Marlene Dietrich	Argentinita
Azuces Maizani	Agustín Irusta	Miguel Fleita
Mario Visconti	Luisita Esteso	Meg Lemoumier

NUMERO EXTRAORDINARIO

Precio 0'60 pes.

Dedicado a *Imperio Argentina*

ALMANAQUE 1933

Precio UNA peseta

Dedicado al genial estilista *Carlos Gardel*

CANCIONERO 1933 - 1934

Carmelita Aubert - Carlos Gardel
Imperio Argentina - Margarita Carbajal
Estrellita Castro. - Reyes Castizo «La Yankee»
Trini More

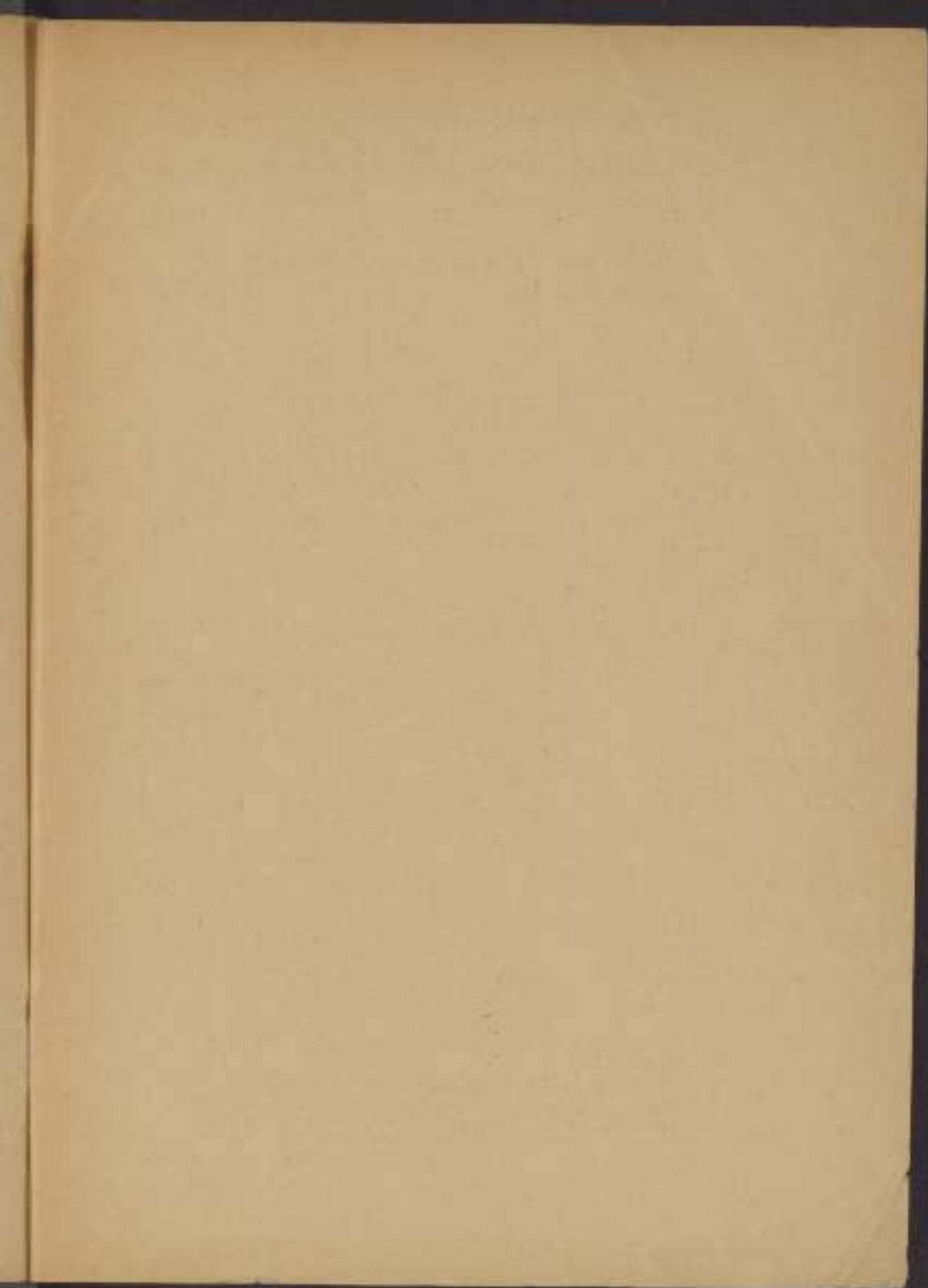
ALMANAQUE 1934

Dedicado a los célebres artistas
Imperio Argentina - Celia Gámez
CARLOS GARDEL
Azucena Maizani - Libertad Lamarque

PEDIDOS A

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Sevillans alicornos susltos y calacionas, completa, precio
crudo del impreso en sellos de correo. Sumitras cinco abonos
para el certificado. Franqueo gratis



BIBLIOTECA UTIL

YA ESTA A LA VENTA:

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotors (Fanny)

^{del}
Instituto de Belleza de París

UNA peseta tomo

MASAJE - HIGIENE
BANOS - DEPILACIÓN
MANICURA - AFEITES
TINTES

Señorita!!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado antes de que se agote.

Contiene más de **200 fórmulas**
de platos succulentos y escogidos

PONCHES-COCTELES
POSTRES - HELADOS
etc., etc.

precio popular
UNA peseta

recopilación de
Dionisio Fernández Vidales
"chef" del Majestic Hotel

— PEDIDOS A —
Editorial "A L A S" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado. - Franqueo gratis.

1'00 peseta